

la GACETA

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA AGOSTO 2012

ƒe

Ser un editor y un promotor
a la don Jaime García
Terrés es ser un responsable
(o irresponsable) editor
congruente con la conciencia

—FRANCISCO HINOJOSA

No

500

Larga nueva época:
500 números
de *La Gaceta*

Además

**CUATRO ERRORES
COMUNES SOBRE
LA MALA EDICIÓN**

Nº 500

la GACETA

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Joaquín Díez-Canedo Flores
DIRECTOR GENERAL DEL FCE

Tomás Granados Salinas
DIRECTOR DE LA GACETA

Alejandro Cruz Atienza
JEFE DE REDACCIÓN

Ricardo Nudelman, Martí Soler,
Gerardo Jaramillo, Alejandro Valles,
Santo Tomás, Nina Álvarez-Icaza,
Juan Carlos Rodríguez, Alejandra Vázquez
CONSEJO EDITORIAL

Impresora y Encuadernadora
Progreso, SA de CV
IMPRESIÓN

León Muñoz Santini
ARTE Y DISEÑO

Juana Laura Condado Rosas, María Antonia
Segura Chávez, Ernesto Ramírez Morales
VERSIÓN PARA INTERNET

Suscríbese en
www.fondodeculturaeconomica.com/editorial/laGaceta/

lagaceta@fondodeculturaeconomica.com
www.facebook.com/LaGacetadelFCE

La Gaceta del Fondo de Cultura Económica es una publicación mensual editada por el Fondo de Cultura Económica, con domicilio en Carretera Picacho-Ajusco 227, Bosques del Pedregal, 14738, Tlalpan, Distrito Federal, México.

Editor responsable: Tomás Granados Salinas. Certificado de Licitud de Título 8635 y de Licitud de Contenido 6080, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de junio de 1995.

La Gaceta del Fondo de Cultura Económica es un nombre registrado en el Instituto Nacional del Derecho de Autor, con el número 04-2001-112210102100, el 22 de noviembre de 2001. Registro Postal, Publicación Periódica: pp09-0206.

Distribuida por el propio
Fondo de Cultura Económica.
ISSN: 0185-3716

PORTADA
Emmanuel Peña
ILUSTRACIONES DE INTERIORES
Archivo FCE



CON ESTA EDICIÓN DE AGOSTO DE 2012, *La Gaceta* alcanza el medio millar de entregas, de acuerdo con la numeración inaugurada por Jaime García Terrés al comenzar 1971. Si la publicación se había estrenado en septiembre de 1954, dos décadas después de fundado el FCE y para ofrecer a amigos, lectores y libreros información sobre lo que se cocinaba en la editorial, un reciente cambio de mandos en el Fondo sirvió para hacer que

la revista se transformara de manera radical. A partir de un número doble, correspondiente a enero y febrero —en el que por descuido, o por intervención del “duende pasmoso de las erratas” según se explicó en el número 3, no se incluyó cifra alguna que destacara el borrón y cuenta nueva, ni el hecho de que la numeración empezaba con un redoble: 1-2—, *La Gaceta* emprendió su renovada marcha con un brío que, más de 40 años después, parece irreplicable, acaso porque la comandaba un hombre de letras con una potencia, una curiosidad, unas habilidades y una visión literaria, ésas sin duda, irreplicables.

Hemos querido aprovechar el fetiche editorial de los 500 números para recordar no todo este ciclo sino sólo su porción inicial, cuando García Terrés dio el golpe de timón que marcó la ruta por la que navegaría durante varias décadas —él dirigió la revista a lo largo de 18 años—. Ese timonel supo hacerse acompañar por un grupo de escritores en ciernes, que convirtieron la redacción en una escuela y un laboratorio. Con textos de algunos de los que pasaron por esa universidad que no otorgaba más grado que los ejemplares impresos cada mes, más el ensayo memorioso de un reseñista estadounidense que bien podría haber formado parte de la tripulación, celebramos la nueva época de esta casa nuestra.

En clave desmitificadora, cierra esta fiesta un texto acerca de algunos mitos sobre el declive de la calidad en los libros contemporáneos. Aunque fue escrito hace ya más de una década y para la realidad editorial estadounidense, el ensayo de John Maxwell Hamilton sobre errores que mucha gente comete al considerar la importancia de las erratas sirve de autocrítica —y parcial exculpación—, pues no hay modo de librarse del duende citado arriba; sin dejar de pelearnos con él, lo más recomendable parece buscar el modo de convivir con sus intromisiones y aceptar con cierta socarronería sus bromas, a veces pesadísimas. ◀

SUMARIO

- EL INVISIBLE** *Charles Simic* 03
UNA MIRILLA PARA ATISBAR EL INTERIOR *Rafael Vargas* 07
LA GACETA EN LA RONDA DE LAS GENERACIONES *David Medina Portillo* 09
A ORILLAS DE LITORAL *Adolfo Castañón* 11
DON JAIME Y LAS ERRATAS *Francisco Hinojosa* 13
LOS ABISMOS DE LA INTERPRETACIÓN *Roberto García Bonilla* 14
FELIZ LONGEVIDAD DE LA GACETA *Tedi López Mills* 15
REFLEXIONES DE UN RESEÑISTA *Jeffrey Meyers* 16
EN LA IMPRENTA MADERO *Jaime Moreno Villarreal* 17
NOVEDADES DE AGOSTO 20
CAPITEL 20
CUATRO GRAVES ERRORES SOBRE LA MALA EDICIÓN *John Maxwell Hamilton* 22

FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Publicar poesía, y además estimular que versificadores en nuestro idioma hicieran suya la escrita en otras lenguas, formaba parte del decálogo editorial de Jaime García Terrés. Ofrecemos aquí, en homenaje y continuación de esa doctrina, fragmentos de un poema cargado de evocadoras instantáneas, traducido por el principal promotor entre nosotros del autor de origen serbio

El invisible

CHARLES SIMIC

I
Estuvo siempre aquí.
Su pavorosa presencia oculta
Por esta fiesta de disfraces
De flores y pájaros
Y niños jugando en el jardín.

Sólo las hojas dicen la verdad.
Susurran misteriosamente,
Luego callan, como si escucharan
Una libélula
Que acaso sabe aún más sobre el invisible,

O si no por qué son sus alas
Tan diáfanas bajo la luz,
Y está tan pronta a emprender el vuelo
Que uno apenas advierte
Que estuvo aquí y ya se ha ido.

II
¿Acaso las sombras no saben algo al respecto?
La manera en que, también ellas, van y vienen
Como si cumplieran una visita a ese otro mundo
Donde hacen lo que hacen
Antes de volver a toda prisa con nosotros.

Justo hoy admiraba la sombra que proyectó
Mientras caminaba solo por la calle
Y estuve a punto de hacerla hablar
Sobre este preciso tema
Cuando de pronto se apartó de mí.

Sombra, le dije, ¿qué mensaje
Me traerás a tu vuelta?
Y ¿estará lleno de enigmáticas ambigüedades
Que ni siquiera puedo alcanzar a imaginar
Mientras camino lentamente bajo el sol de mediodía?

III
Puede ocultarse detrás de una puerta
En algún edificio de oficinas
Donde un día te descubres trabajando
Hasta muy tarde
No hay nadie a quien poder pedir indicaciones
Entre los centenares de puertas
Todas carentes de información sobre el tipo de negocios,
De monótonas faenas que tienen lugar
En sus estrechos y mal iluminados espacios.

¿Acaso una agencia de detectives
Que localizará a Dios por una modesta suma?
¿Una compañía dispuesta a asegurarte
Por si un día
A pesar de las promesas de tu párroco
Acabas en el infierno?

El largo pasillo termina en una ventana
donde aun la luz del día agonizante
Parece empolvada y sucia.
Ese pasillo sabe bien lo que es esperar
Y, cuando se ve descubierto,
Finge sorprenderse de encontrarte allí.

IV
En el momento en que apagas la lámpara
Aquí están otra vez
Esos dos muertos
A los que llamas tus padres.

Anhelabas ver esta noche
A la muchacha que una vez amaste,
Y a esa otra que te permitió
Meterle la mano bajo la falda.

En su lugar, he aquí este plato lleno de cambio
Con una llave que no abre ninguna cerradura,
El condón usado que encontraste en la iglesia
Y el cuervo lisiado que tu vecino conservaba.

He aquí a la mosca que torturaste alguna vez,
La piedra que le tiraste a tu mejor amigo,
El puerco que soltó un chillido agudo
Cuando el cuchillo tocó su cuello.

V
Aquí la gente todavía cuenta historias
Acerca de un viejo ciego
Que jugaba dados en la banqueta
Y le pagaba a los niños del vecindario
Para que le dijeran qué número había caído.

Cuando se iban a la escuela,
Le pedía lo mismo a cualquiera
Que escuchara caminando cerca:
El cartero ocupado en el reparto,

El enterrador metiendo un ataúd
A su carroza negra,
Y a usted también, estimado amigo,
Si de casualidad anda por acá.

VI
Noche oscura, viejo edificio gris,
Un gato blanco en una ventana,
Un anciano cenando en la otra,
Todos los demás ocultos a la vista,

Como aquella que espera a que la tina
Se llene de agua caliente
Mientras se desnuda ante un espejo
Que comienza a cubrirse de vapor.

La imaginación, ayudante del diablo,
Me hizo vislumbrar sus dos pechos
Conforme apretaba el paso
Con la cara metida bajo el cuello del saco
Porque el viento soplabla con rudeza.

IX
¡Oh, Perséfone! ¿Es cierto lo que dicen?
¿Que todo aquello que es hermoso,
Aun por un solo y huidizo instante,
Se postra ante ti, para nunca volver?

Modista que prende con alfileres un rojo vestido
en una vitrina,
Anciano que saca a pasear a tu viejo perro enfermo.
Incluso ustedes, niñitos, que se toman de la mano
Al cruzar la concurrida calle con su maestra,

¿Qué esperanza tienen hoy para nosotros?
Ahora que el cielo se oscurece tan temprano
Y llegan los primeros copos de nieve
Que caen aquí y allá, después en todas partes. ◀

Versión de Rafael Vargas



No

500

Hacer época: eso logró García Terrés con La Gaceta. No sólo marcó un periodo en la vida de esta publicación sino que estableció un modo de editar revistas. Veamos cómo maduró su instinto como hacedor de publicaciones periódicas y cómo cristalizó su voz en Litoral. Veamos cómo recuerdan algunos de los colaboradores de La Gaceta su paso por la redacción. Y veamos cómo reseñar libros es una actividad absorbente, creativa y aun pugilística



ENSAYO

Una mirilla para atisbar el interior

Para dar el paso 500 es necesario haber dado el primero. Hoy que La Gaceta alcanza las cinco centenas es preciso fijar la atención en la forma en que García Terrés se preparó para inducir esta metamorfosis y en la sostenida maestría con que le dio forma, la dotó de una vivaz columna literaria y conformó una redacción. Si desde siempre la revista quiso servir de nexo entre el Fondo y su entorno, con García Terrés fue además un modelo de publicación periódica

RAFAEL VARGAS

En junio o julio de 1995, cuando Jaime García Terrés era director general de la Biblioteca de México y asimismo director de la publicación institucional homónima que había fundado en noviembre de 1990, recibió una carta de Juan García Ponce en la que éste le decía: “Jaime: ¡qué gran creador de revistas literarias eres!” García Terrés se alegró mucho al leer esa carta (una cordial expresión de reconocimiento a quien era, en efecto, uno de los grandes editores literarios de nuestro país); tanto, que se permitió mostrárnosla a algunos de sus colaboradores en la biblioteca. Hoy celebro que nos haya dado oportunidad de leerla, porque la carta se perdió: no llegó al archivo personal de García Terrés y, fuera del recuerdo que unos cuantos guardamos, no queda más testimonio —a menos de que exista copia de ella en el archivo de García Ponce.

Biblioteca de México era la cuarta revista que García Terrés realizaba en un lapso de más de cuatro décadas. Su primera experiencia en ese terreno fue la edición de *México en el Arte* (publicación del Instituto Nacional de Bellas Artes, fundada por Carlos Chávez en julio de 1948), que comenzó a coordinar a partir del quinto número, correspondiente a noviembre de 1948, y de la que fue responsable hasta 1952.

En septiembre de 1953 García Terrés asumió la Dirección de Difusión Cultural de la UNAM y, con

ella, la de la *Revista de la Universidad de México*, que dirigió hasta julio de 1965, fecha en que se marchó a Grecia como embajador de México. La convirtió en un espacio de excelencia, con gran repercusión nacional e internacional, en el que colaboraron los mejores artistas y escritores de México e Hispanoamérica.

Y se sabe poco, pero también se alternó la dirección, con Fernando Benítez, de *México en la Cultura*, el suplemento dominical de *Novedades*, entre 1959 y 1961, años en que Benítez requería de tiempo para escribir algunos de sus libros.

De vuelta en México hacia finales de 1968, García Terrés fundó el archivo histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, que encabezaba entonces el abogado y economista Antonio Carrillo Flores. Cuando éste fue nombrado director del Fondo de Cultura Económica en diciembre de 1970, invitó a García Terrés a colaborar con él como asesor de la dirección, y una de las primeras propuestas que éste le hizo fue renovar *La Gaceta*, como comúnmente se conoce a este boletín.

II

Creada por Arnaldo Orfila Reynal en septiembre de 1954, como parte de los festejos del vigésimo aniversario de la casa, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* fue desde sus orígenes, con apenas cuatro bien diseñadas páginas en formato tabloide, repletas de información, un vehículo para dar a conocer las novedades editoriales así como las actividades y proyectos del Fondo dentro y fuera de México

—lanzamiento de nuevas colecciones, apertura de sucursales en América del Sur, noticia de las reseñas bibliográficas aparecidas en la prensa extranjera, etcétera—, pero muy pronto se convirtió en la carta de presentación de un proyecto cultural en pro de la difusión del conocimiento, la transformación social y la unidad política de Hispanoamérica.

Orfila le dio un gran impulso a *La Gaceta*. Gracias a un elevado número de suscripciones internacionales y de una eficaz distribución a través de las sucursales internacionales de la casa, a los pocos años de su nacimiento se había convertido en un medio de amplia circulación en América Latina, con más de 25 mil ejemplares impresos por número. A finales de 1957 Emmanuel Carballo se integró como jefe de redacción y el número de páginas se duplicó. Merced a todo ello se obtuvo el interés y la colaboración de muchos autores distinguidos de todos los rumbos del ámbito de habla hispana, como Alfonso Reyes, Luis Cernuda, Ezequiel Martínez Estrada, Sebastián Salazar Bondy, Juan David García Baca, por mencionar sólo un puñado.

Por supuesto, Orfila participó en su elaboración de cerca hasta que tuvo que dejar el timón del Fondo, en noviembre de 1965. A su salida, Salvador Azuela asumió la dirección de la casa y *La Gaceta* empezó a sufrir una serie de modificaciones. Tal vez porque deseaba marcar un contraste con la concepción y el uso que Orfila le había dado, Azuela decidió que a partir de marzo de 1968 comenzara una nueva época de *La Gaceta*, y el primer número apareció en esa fecha con un formato más pequeño, nuevas secciones

GENERAL
GACETA
 DE MEXICO,
 Desde primero hasta fin de Enero de 1732.

LA GACETA
 DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA

la GACETA

LA GACETA
la GACETA

LITORAL



y nuevos responsables en la redacción que, poco más de un año después, serían relevados por otro equipo de trabajo. A la postre, ninguno de los cambios resultaría afortunado. Víctor Díaz Arciniega, en su *Historia de la casa*, los sintetiza así: “*La Gaceta* tamaño tabloide y llena de curiosidades intelectuales de lo más avanzado del momento, se desdibujó en todos los sentidos, al punto de convertirse en un cuadernillo pobre de contenido y de escasas treinta páginas en un octavo de pliego.”¹

III

Es evidente que García Terrés, con una larga y brillante trayectoria como editor, advirtió desde el primer momento la necesidad de cambiar drásticamente la imagen y el contenido de *La Gaceta*, no por motivos de gusto personal, sino para procurar que los miembros de la comunidad cultural de habla hispana volvieran a congregarse en torno de sus páginas, ya fuera como colaboradores o como meros lectores, y por ello se optó una vez más, aunque en términos institucionales no fuera lo más deseable (la continuidad es un factor esencial para la solidez de una institución), por cortar por lo sano y comenzar una nueva época.

No hubo mucho tiempo para preparar el primer número. Se tuvo que armar sobre la marcha para posibilitar su aparición entre finales de enero y comienzos de febrero de 1971. En la portada, bajo el escudo logo de *La Gaceta*, se señala que la edición corresponde precisamente a ese bimestre, y no hay más información, salvo la relativa a los contenidos: un editorial de Antonio Carrillo Flores titulado “Nueva época”; un breve ensayo del colombiano Hugo Latorre Cabal, sobre la colección Biblioteca Americana; otro de Max Aub acerca de la colección Letras Mexicanas; un artículo de Catalina Sierra relativo a la actuación de Benito Juárez ante el motín de la Acordada, y una serie de adelantos de obras como *Introducción a la historia del libro y las bibliotecas* de Agustín Millares Carlo, *Literatura y revolución* de Fernando Alegría y *Poesía reunida* de Marco Antonio Montes de Oca.

El primer párrafo del texto de Carrillo Flores explica con toda claridad la orientación que el impreso mensual tiene ya desde ese número y mantendrá en lo sucesivo: “*La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* inicia con este número una nueva época. Seguirá siendo, claro está, el medio a través del cual nuestra casa informará a sus lectores, a sus autores,

a sus amigos y a todos los interesados en lo que ella hace, acerca de las obras que vayan saliendo a la luz pública. Pero queremos que sea más que eso: un órgano que bajo la responsabilidad inmediata de Jaime García Terrés publique anticipos, poemas, colaboraciones y noticias de México, de Latinoamérica y del resto del mundo (fundamental, aunque no exclusivamente sobre nuestros libros) que la hagan más ágil, más amena, más variada.”

Una de las aportaciones más destacadas en las 16 apretadas páginas de esa primera edición es una columna sin firma (por lo que se sobreentiende que es obra del director) que precisamente contribuye a darle a *La Gaceta* algo de ese aire ágil, ameno y variado que anuncia Carrillo Flores. Se llama Litoral y está compuesta de pequeñas noticias sobre las actividades de la casa, “rápidas notas de lectura, ocurrencias registradas en trozos de papel y ojeadas a revistas del mundo entero que, puntuales o impuntuales, llegaban a manos del redactor”.²

A pesar de su aparente tono menor, desde el primer número Litoral fue una columna sobre la que se apoyaba buena parte del peso de *La Gaceta*. Y a ella debía en gran medida su vivacidad literaria. La gracia de su redacción, el toque de buen humor y de socarrona malicia, la certeza de que entre sus líneas siempre habría noticias interesantes sobre libros y autores, hacían que el lector normalmente buscara esa columna antes que cualquiera de los otros materiales incluidos. Constituía una suerte de trampolín para zambullirse en el resto del contenido. Al releerla hoy se advierte con claridad la importancia que una buena columna tiene para una publicación periódica. Valga citar aquí *in extenso* un ejemplo tomado de esa primera entrega: “El editorial del número 13 de [la revista peruana] *Amaru* se consagra al ser y la retórica latinoamericanos, partiendo de una referencia a *La disputa del Nuevo Mundo*, de Antonello Gerbi (FCE, 1960) y arribando a José Carlos Mariátegui, quien juzgó, en 1925, que Latinoamérica se engañaba ‘con la artificiosa y retórica exageración de su presente’. Páginas adelante, el español Juan Benet pone oro y azul a Cortázar, Carlos Fuentes y Vargas Llosa (en el cual presente al ‘Balzac del Perú... ¡qué triste destino!’); perdona la vida a García Márquez; se desinteresa de Borges (‘ingenioso’), y expresa su insatisfacción con el escritor español de este momento (‘ah, está muy bien Mercé Redoreda, una

escritora catalana que vive en Ginebra, que ha escrito dos o tres novelas muy sencillas...’) para concluir diciendo que ‘estamos haciendo alharaca del gran juego del virtuosismo y de los fuegos artificiales del idioma castellano, en España y en Iberoamérica’. Añadimos que el señor Benet publicó, tiempo ha, un libro de cuentos titulado, sintomáticamente, *Nunca llegarás a nada*.”

Otro artículo, en estas mismas páginas, borda de manera más extensa sobre Litoral. Pero quizá no esté de más añadir que hoy, con la distancia de los años, es fácil advertir que la suma de sus 217 entregas en *La Gaceta* (García Terrés la dirigió durante 18 años) forma una especie de pequeño y singular “diario” que permite seguir las pasiones y preocupaciones de un gran editor.

IV

La Gaceta no tardó en remontar el vuelo. El siguiente número, además de anticipos de cuatro libros de próxima aparición (“...Y era jueves”, relato inédito de Francisco Rojas González que aparecería luego en sus *Cuentos completos*; un fragmento de *De la miel a las cenizas*, de Claude Lévi-Strauss; otro de *La estructura de las revoluciones científicas*, de Thomas S. Kuhn, y unas páginas del *Alexander von Humboldt*, de Hanno Beck), cuenta con colaboraciones especiales de Rosario Castellanos, Gerardo Deniz, Ramón de la Fuente y Ramón Xirau, que no han sido incluidas sólo para validar la publicación con su nombre, sino para establecer ciertos derroteros. Si bien aparece un poema de Montes de Oca en el primer número, esa inclusión podría haberse entendido como un simple adelanto de un libro de próxima aparición; en cambio, con los poemas de Castellanos y Deniz se dice sin decirlo que la poesía tendrá en lo sucesivo un espacio privilegiado. El ensayo de Xirau, referido a las virtudes y carencias en la crítica, subraya el permanente interés de García Terrés por el tema, de la misma manera que el fragmento de la conferencia de De la Fuente sobre la salud indica su creciente preocupación por la divulgación de la ciencia. Crítica y ciencia son asuntos que durante su largo periodo como director de *La Gaceta* tendrán una presencia constante.

En su quinto número (mayo de 1971), con colaboraciones especiales de Antonio Carrillo Flores, Octavio Paz, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, textos de William Carlos Williams y Joaquim Maria Machado de Assis (más adelantos de libros sobre Maquiavelo, la evolución humana y la política interamericana), *La Gaceta* ya es casi completamente lo que habrá de ser en el futuro: una mirilla para atisbar la producción editorial de la casa y crear una expectativa favorable a los libros por venir; una espe-

¹ Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1996)*, México, FCE, 1996, p. 366.

² A mediados de 1989, concluido el periodo de Jaime García Terrés como director general del Fondo, Octavio Paz lo invitó a continuar con su Litoral en las páginas de *Vuelta*. Así lo hizo a partir de agosto de 1989 (*Vuelta* 153). De esa reanudación de Litoral en distinto continente procede esta cita.



La Gaceta en la ronda de las generaciones

DAVID MEDINA PORTILLO

Para muchos de mi generación el FCE fue nuestra verdadera universidad. Leer un título de su catálogo era acceder no sólo a una fuente bibliográfica más sino entrar en contacto con una realidad viva del pensamiento y la literatura contemporáneos. Era leer un título de Béguin y saber, por ejemplo, que la traducción había sido cotejada por Antonio Alatorre. Más todavía: enterarnos de que en ese viaje de Béguin a nuestro idioma algo tuvo que ver Reyes y, asimismo, que el cuidado editorial pudo estar a cargo de alguien como Juan José Arreola, Alí Chumacero o Tomás Segovia, insólitos “correctores” de la casa a mediados del siglo pasado. Se trata apenas de un ejemplo entre los incontables donde, tras las páginas de un libro, corrían las arterias de una tradición patente hasta hace poco.

Claro, no me tocó vivir aquella época cuando, por los pasillos del Fondo, uno se cruzaba con varios de los hoy clásicos de nuestras letras. Sin embargo, para alguien que como yo arribó a la mayoría de edad en los ochenta, la resonancia acumulada de varias generaciones (de Reyes a David Huerta, Alejandro Katz, Adolfo Castañón o José Luis Rivas, por ejemplo) colmaba el aura de esa galaxia de la creación y la reflexión llamada FCE. En efecto, en dicho años cualquiera quería publicar ahí y yo no era la excepción. Fui de los fieles a su librería mientras la sede central estuvo en Avenida Universidad. Y precisamente, en un cubículo de esa sede me recibió Christopher Domínguez Michael, jovencísimo redactor de *La Gaceta*, quien publicó por primera vez un poema mío.

Si el FCE ha sido el modelo del libro hispanoamericano más allá de toda coyuntura, en los años ochenta *La Gaceta* era una de las estaciones obligadas de esa vocación. ¿Cómo no recordar aquellas “ediciones especiales” auspiciadas por García Terrés o los números monográficos dedicados a Pound y a Eliot? Junto con las voces universales de rigor, *La Gaceta* abría sus páginas a los jóvenes de nuestra geografía lo mismo que a las obras en curso de celebridades traídas de otras lenguas. Muchos leímos así no sólo el poema más reciente de Tedi López Mills sino también un texto inédito de Mutis o Salvador Elizondo, otro de Juarroz más traducciones de Montale, George Steiner o Hugh Kenner. Los cubículos de *La Gaceta* propiciaban una comunidad de lectores y colaboradores naturalmente conectada con otras revistas. De algún modo, la ronda de las generaciones de la que habló Luis González y González cobraba vida y en la cadena de los relevos y las asociaciones había una línea que, digamos, pasaba por *Sur*, *Diálogos* y *Plural* hasta llegar a *Vuelta*. Entre estas revistas, *La Gaceta* ocupaba un lugar indiscutible. Todas ellas configuraban una comunidad que se extendía a otros países e idiomas por la sencilla razón de que la curiosidad de sus asiduos aún no se veía afectada por los demonios de la especialización.

Termino estos rapidísimos párrafos con uno aún más personal. Si lo común era que quienes nos formamos en los años ochenta llegaran a *Vuelta* tras su paso por el Fondo y *La Gaceta*, a mí me sucedió al revés. Formé parte de la redacción de *Vuelta* en sus últimos cinco años y a la muerte de Paz en 1998 y el consecuente cierre de la revista, la generosidad de Adolfo Castañón me puso al frente de *La Gaceta*, un lugar en el que —ya lo decía— siempre quise estar. Naturalmente, intenté continuar con lo que había aprendido en la revista de Paz. Los inéditos de Gonzalo Rojas o Jorge Eduardo Eielson (por mencionar a dos de los grandes) que alcancé a publicar hablan de ello. Y a la distancia, hasta un reclamo de Alejandro Rossi que no contaré, me sabe a privilegio. ◀

David Medina Portillo es editor, poeta y traductor.

cie de catálogo conversado, o conversación mensual con los editores del sello para escuchar sus recomendaciones y noticias; por supuesto, una ventana a las humanidades y las ciencias de México y del mundo (por la naturaleza misma del Fondo, *La Gaceta* tiene un acentuado tinte cosmopolita); un espacio de reflexión constante sobre la lectura, el libro y su papel en nuestra vida; una parcela fértil para el cultivo de la poesía —por evidentes razones de espacio, muy pocas veces se publicó narrativa—, y un medio para descubrir nuevos autores en diversas disciplinas y para rescatar a otros del olvido o de la ignorancia.

Vale la pena llamar la atención sobre la convivencia en estas páginas de Carrillo Flores y Paz, seriamente distanciados a raíz de la renuncia de éste a la embajada de México en la India, en 1968, cuando aquél era secretario de Relaciones Exteriores. Es un ejemplo de la mano izquierda de la que a veces debe hacer gala un buen editor —un oficio en el que es preciso tener información y buen gusto lo mismo que habilidad política.

El “casi completamente” apuntado un par de párrafos arriba se debe a una cuestión que podría parecer nimia pero que en realidad es muy importante: el trabajo de redacción y de edición. García Terrés hace prácticamente solo *La Gaceta* hasta mediados de 1972. Quienquiera que haya hecho una revista sabe cuán laborioso es preparar cada número. La selección, lectura y presentación de los materiales que se incluirán, el cuidado editorial —que incluye una parte de trabajo conjunto con el diseñador—, en fin, hacer una publicación periódica implica mil y un detalles que rebasan a cualquiera a menos que se dedique de manera exclusiva a esa tarea. Y García Terrés no tarda en cargarse de tareas dentro del Fondo. Entra como asesor con Carrillo Flores, en 1970, se convierte en subdirector técnico con Francisco Javier Alejo, en 1972, y poco después en subdirector general con Guillermo Ramírez Hernández, en 1974.

Así que, desde comienzos de 1972, se vuelve imperioso contar con la asistencia de alguien para hacer *La Gaceta*. Ese alguien será David Huerta, que en ese año acaba de publicar su primer libro de poemas, *El jardín de la luz*. Huerta, cómo él mismo ha recordado en el número de septiembre de 2004 de esta *Gaceta*, se encargó de su redacción y edición de mayo de 1972 a diciembre de 1974. Misteriosamente, no recibía ningún crédito en el directorio, pero su presencia en ese periodo es evidente a través de artículos y traducciones de poemas con su firma, y aun por la inclusión de algunos autores que pertenecían —o pertenecen— a su círculo de amigos y colegas.

La participación de David Huerta contribuyó a refinar la presentación de *La Gaceta*, pero también a

ampliar la riqueza de sus contenidos. Con su trabajo, lo mismo que con el de Adolfo Castañón, quien sucedió a Huerta a partir de enero de 1975, en el número 49 (aunque tampoco él tendrá crédito en el directorio sino hasta el número 70, correspondiente a octubre de 1976, sólo cuatro números antes de que deje el cargo para trabajar durante algún tiempo en la Dirección de Estudios Históricos del INAH) *La Gaceta* adquiere cada vez más importancia en el ámbito cultural y atrae cada vez más la atención de una nueva generación de lectores. (Vale la pena apuntar, como recordatorio de su actividad y experiencia editorial, que tanto Castañón como Huerta formaban parte del consejo de redacción de *La Cultura en México*, suplemento del semanario *Siempre!*, coordinado por Carlos Monsiváis.) La huella de Castañón en *La Gaceta* es visible también por algunas colaboraciones con su firma pero, particularmente, por los textos que redactaba para presentar los anticipos de libros muy importantes —algunos de ellos llegaban a ser una especie de ensayos en miniatura.

En marzo de 1977, a partir del número 75, Marcelo Uribe releva a Castañón como secretario de redacción, y la puntualidad y elegancia con que cumple su función acaban por convertir lo que en esencia podría considerarse como un boletín de novedades en una espléndida revista literaria, con un amplio público lector, en el que se cuenta un buen número de jóvenes poetas, traductores y ensayistas que aspiran a colaborar en ella, justamente porque es uno de los espacios más apetecibles entre los abundantes suplementos y revistas culturales de la época. Es a Uribe a quien corresponde integrar a muchos de esos jóvenes escritores al cuerpo de colaboradores regulares de *La Gaceta* durante los siguientes cinco años.

Como este brevísimo repaso por los primeros doce años de *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* lo demuestra, García Terrés supo siempre allegarse buenos colaboradores. Bajo su dirección, que duró exactamente 18 años y un mes, hasta enero de 1989, el nivel de calidad de sus ediciones fue siempre ascendente. Es fácil constatarlo cuando se ojean progresivamente los 217 números comprendidos en ese lapso. Todavía hoy, después de tantos años, la lectura de sus páginas es un deleite. ◀

Rafael Vargas, que inició su colaboración con *La Gaceta* en 1978, fue parte de su redacción de enero de 1984 a junio de 1987.

Litoral

Hace más de quince años —exactamente en el mes de septiembre de 1954 apareció el número inaugural de LA GACETA del Fondo de Cultura Económica. Otras eran entonces las circunstancias que prevalecían; los cambios en esta casa, como en toda empresa de vida larga y constante acción, no han faltado a lo largo de sus décadas. Pero tampoco sería difícil percibir, en la nueva época que hoy se inicia, una continuidad sustancial en el espíritu de la institución. Al fin y al cabo es la cultura nacional lo que siempre ha nutrido al Fondo, y lo que le señala, hoy como ayer, su camino. LA GACETA principia asimismo una nueva jornada; no aspira a la novedad, sino al reflejo fiel de esa permanencia, colaborando con quienes la hacen posible.



ENSAYO

A orillas de Litoral

Aunque litoraleño no es palabra bien vista por los diccionarios —no aparece en el DRAE, el Clave, el Panhispánico de Dudas...—, su uso se impone para calificar el estilo, los temas, la cantarina voz con que Jaime García Terrés produjo su célebre columna en La Gaceta. A desmenuzar esa otra literatura litoraleña, que merecería una compilación exhaustiva, se dedica aquí uno de los dilectos alumnos de don Jaime

ADOLFO CASTAÑÓN

U nas cuantas hojas sujetas con un par de grapas (32), impresas a dos tintas, bien diseñadas por Vicente Rojo desde la Imprenta Madero, bien editadas por Jaime García Terrés —subdirector técnico del Fondo, herencia noble de Antonio

Carrillo Flores a Francisco Javier Alejo y, luego, a Guillermo Ramírez Hernández—, bien escritas por el mismo García Terrés y su amplio repertorio de amigos colaboradores: Álvaro Mutis, Augusto Monterroso, Gabriel Zaid, Juan Almela-Gerardo Deniz, entre los nombres de los mayores, para no hablar del vasto acervo acumulado y siempre en proceso de la editorial fundada en 1934 por Daniel Cosío Villegas, para no mencionar el curso responsable de las estafetas redactoras: David Huerta, Marcelo Uribe, José Luis Rivas, Francisco Hinojosa, Daniel Goldin, Alejandro Katz, Tedi López Mills, David Medina Portillo y, en fin, el de la voz en vilo.

Unas cuantas hojas rigurosamente escritas y leídas, sílaba a sílaba, letra por letra. Se desprendía cierta nobleza, como de pan recién horneado, de aquellas modestas y muy bien impresas hojas escritas, leídas, releídas, editadas, corregidas, diseñadas y hechas para perdurar. Era *La Gaceta* como una casa limpia y ventilada, animada por un amplio corredor común que daba a un patio interior, o, mejor, como una casa rodeada de balcones, o, mejor que mejor, como ambas cosas, pues *La Gaceta* abría sus puertas tanto hacia el interior como hacia fuera, hacia la ciudad y la calle, a través de la sección bautizada intencionadamente Litoral. Franca alusión a la revista homónima y emblemática de la generación española de 1927, hecha por el poeta y tipógrafo en aquella época, y luego en el exilio, Emilio Prados. La *Litoral* de los españoles no estaba tan lejos del cultivado por Jaime García Terrés desde *La Gaceta* del Fondo, quien construiría desde ahí otro archipiélago de islas afortunadas. Litoral no venía de la nada. Aun en la propia obra y escritura de “Don Jaime”, puede leerse un antecedente: esa otra columna, entre noticiosa y pensativa, bautizada en la *Revista de la Universidad de México* como La Feria de los Días y que luego se pu-

blicaría como libro. En el paisaje hispánico, Litoral se insertaba entre las “marginalias” y “burlas veras” de Alfonso Reyes, la columna El Pez que Fuma de Octavio G. Barreda en *Letras de México*, el Glosario de Eugenio D’Ors, los Cabos Suelos redactados anónimamente por Justo Sierra en *La Libertad* o, en fin, los epígrafes que pautaban los Diálogos de Ramón Xirau —otro de nuestros asiduos colaboradores.

Era Litoral una columna que, no por anónima, dejaba de tener un travieso, inconfundible sello personal de su autor, nacido de la estirpe del historiador Genaro García y descendiente del eminente doctor José Terrés; “Don Jaime”, como le llamábamos los gaceteros, era yerno del doctor Ignacio Chávez pues se había casado con su hija Celia (quien luego ayudaría a la fundación —y se desempeñaría un tiempo como administradora— de *Vuelta*).

Columna vertebral de *La Gaceta*, el Litoral —balcón y corredor familiar, atalaya de la plaza y de los patios interiores— se componía de una serie de apuntes con noticias frescas —digamos, el libro de moda en los Estados Unidos, *Tiempo de canallas*, de Lillian Hellman, recién contratado por la editorial y traducido por Rosario Ferré; más tarde el escritor y editor Felipe Garrido, gerente de producción con José Luis Martínez, traduciría el otro libro de Hellman publicado por el Fondo: *Quizás, un relato*—. A Litoral lo alimentaban los comentarios al margen de las obras del apócrifo Eduardo Torres, inventado por Augusto Monterroso —como Juan de Mairena lo había sido por Antonio Machado—, los lectores mexicanos e hispanoamericanos de Italo Svevo o de Ramón Fernández, o aun las quejas contra el crecimiento estremecedor de la ciudad o los desfiguros y las inveteradas trabas burocráticas no del gobierno en general, sino de esta oficina o aquella agencia en particular. Otro pariente del Litoral fue el Inventario semianónimo (firmado JEP, o sea José Emilio Pacheco), publicado primero en el *Excelsior* de Julio Scherer y luego en *Proceso* (no sé si el nombre coincide con el de una columna polémica del filósofo Emilio Uranga). Inventario de lo que se dice y oye en la ciudad, el mexicano Talk of the Town de *The New Yorker*, fue quizás una de las inspiraciones de la columna emblemática de *La Gaceta* piloteada por ese helenista que tenía cara de griego antiguo: don Jaime.

El Litoral lo escribía en hojas de papel cultural,

sobrantes de la impresión de los libros que, en parte, se hacían en la contigua Gráfica Panamericana, dirigida por el señor José Sánchez, la imprenta-cuna de la editorial, que se encontraba en el mismo edificio de Parroquia y Universidad, junto al almacén (gobernado por don Eligio Calderón). Don Jaime escribía aquellas frases con letra menuda, escritura regular y afilado lápiz color amarillo marca Mirado número 2 o 4. Por una sola cara de aquellas hojas que medían, creo recordar, 21 × 13 cm. Los iba escribiendo al filo y flujo de las numerosas y, para el extraño, desordenadas lecturas de revistas (el *Times Literary Supplement*, *The New Yorker*, *Saturday Review*, *London Review of Books*, *The London Magazine*, *Le Monde*, *La Quinzaine Littéraire* de Maurice Nadeau, *Critique*, *La Nouvelle Revue Française*, *Le Nouvel Observateur*, *Eco*, *Golpe de Dados*, *Marcha*, la *Revista de la Universidad de Antioquia*, *Zona Franca*, *Escandalar*, *Papeles de Son Armadans*, *Ínsula*, para no hablar de las mexicanas como *Dianoia*, las *Memorias* de El Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua, *Diálogos* o *La Palabra y el Hombre*). Edén cosmopolita para el bibliófilo y laberinto, *De Babel a papel*, diseñado para descorazonar al aprendiz recién llegado. Don Jaime se mantenía en forma, además, resolviendo crucigramas en inglés (del *Saturday Review*) y en francés (de *Le Monde*), al margen de sus tareas oficiales, que no abandonaba, traduciendo poemas o cuentos —una de sus grandes pasiones fue la traducción—, consultando diccionarios y enciclopedias con deportiva y saltarina agilidad. Cabe decir que iba redactando los escolios de Litoral sin corregir casi, pues la prosa del autor de *La responsabilidad del escritor* (1946), título de su tesis de licenciatura sobre la dimensión ética y jurídica del quehacer literario, impresa por supuesto en los talleres de Gráfica Panamericana, fluía espontáneamente. Su lápiz parecía vagar por las hojas, como la aguja de una brújula, al flujo de las caudalosas lecturas de libros y revistas que se iban acumulando en aquel despacho forrado de madera —como una cabina de capitán de navío— y cubierto de libros con vitrina de piso a techo, donde a su escritorio lo acompañaba mesa hirsuta y políglota. La mesa babélica, llena de las revistas que se paseaban en la oficina de García Terrés, era un eco o una prolongación del ánimo goetheano del poeta-editor de abrir las letras nacionales y re-

“

TODOS SUPIMOS PRACTICAR EN EL ESPACIO INTERMEDIO DE *LA GACETA* LAS MISMAS VIRTUDES DE AMISTAD Y CAMARADERÍA QUE ANIMARON GARCÍA TERRÉS Y SU CONSTELACIÓN DE ESTRELLAS INTELIGENTES Y AFORTUNADAS, Y QUE INCLUÍA ESTANDARTES DE CASI TODOS LOS GREMIOS: JUAN GARCÍA PONCE, SALVADOR ELIZONDO, JOSÉ PASCUAL BUXÓ. CARLOS MONSIVÁIS, SIN EXCLUIR LOS DE LA ARQUITECTURA, LAS ARTES PLÁSTICAS Y EL DISEÑO, Y AUN EL DE LA CARICATURA REPRESENTADO POR ABEL QUEZADA, A CUYA PINTURA, POR CIERTO, EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA LE DEDICÓ UN LIBRO

”

gionales a la atmósferas de todo el mundo, a las expresiones literaria del orbe todo, en el sentido vertical y horizontal de la palabra, voracidad de perspectivas que le han dado al catálogo del Fondo su generoso sello incomparable. El despacho estaba en la sala de la casa donde había vivido Arnaldo Orfila Reynal —uno de los fieles amigos de Pedro Henríquez Ureña—, a quien Cosío Villegas había traído a dirigir el Fondo hasta que los idus arbitrarios de 1966 lo arrancaron de ahí para que fundara muy poco después Siglo XXI Editores. Algunos años después pensé en la ironía de la historia que había puesto en la misma sala de la casa de Orfila al yerno del cardiólogo Ignacio Chávez, quien había sido arrancado de la rectoría de la universidad por la misma furia arbitraria, el mismo año.

En esa sala estaba el despacho donde redactaba al hilo de las horas los apuntes de Litoral aquel curioso admirador de Ezra Pound, a quien había visitado en su juventud, el amigo de Giorgos Seferis, el ex embajador en Grecia, el políglota y editor, el poeta y ensayista, y el traductor que muy pronto ingresaría, con toda justicia, a El Colegio Nacional. No era eso lo único que él hacía. En realidad y, más allá de *La Gaceta*, aunque sin duda apoyándose en ella como en una palanca simbólica, restauraba los cimientos de la editorial o ponía nuevas fundaciones, tendía los arcos y columnas, libraba batallas editoriales dentro y fuera, a favor y a veces contra la no siempre comprensiva superioridad y sus restrictivas medianías, vigilaba las ventas, afianzaba las bóvedas de los libros y de los dineros, preparaba a los relevos y las estafetas (sin saberlo: nosotros), cuidaba el intangible patrimonio de los derechos y las traducciones heredadas, lo refrescaba con títulos nuevos —un ejemplo: los libros de Carlos Castaneda, que le sugirió Octavio Paz pero que él supo pelear muy bien para la editorial—, en fin, afianzaba las plataformas de lo que sería una de las edificaciones editoriales más ambiciosas y consistentes del mundo de habla hispana: el catálogo histórico del Fondo de Cultura Económica. No era, desde luego, una labor solitaria, sino solidaria: participaban en ella otros escritores amigos, dentro y fuera de la editorial, como José Luis Martínez, Alí Chumacero, Joaquín Díez-Canedo, Silvio Zavala, Víctor Urquidí, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Ramón de la Fuente, Rubén Bonifaz Nuño, Luis Cardoza y Aragón, además de un largo e inclusivo, plural etcétera.

Visión y solvencia, probidad y desinterés, conocimiento y libertad fueron algunas de sus virtudes como subdirector durante dos décadas, y luego como director otros seis. A mis ojos aprendices, el centro de todo era *La Gaceta*, la niña de los suyos, y, a su vez, en su seno el Litoral, la pupila de todos. *La Gaceta* era y es muchas cosas, pero una central durante la regencia de don Jaime fue la de ser una alta escuela de traducción de poesía y de otras expresiones literarias, un semillero de trujamanes y agentes secretos del transvase entre las lenguas. No es fortuito que en sus páginas se hayan congregado nombres tan ilustres. La ilustración cobraba cuerpo y forma en las páginas de *La Gaceta* dirigida por ese señor que sabía del placer de leer a los clásicos en traducción y en el original, placer com-

partido con Borges y con Paz, con Xirau y con Deniz, con Mutis, Zaid y Segovia, con Carlos Monsiváis y con José Emilio Pacheco, con su admirado Ezra Pound, con Arthur Walley, con Miguel León Portilla...

Pero vuelvo a Litoral, para no perderme en el océano (pues *La Gaceta* es uno y otro más vasto, la editorial misma). Aquellas modestas notas sueltas manuscritas a lápiz —ese útil escolar que escribe con el corazón—, en grafía suave y regular (no apoyaba en exceso al pasar en claro sus pensamientos), las ponía en limpio, con celo entre monástico y clínico, su secretaria Catalina Iparraguirre, “Catita”, guardiana celosa de la puerta de madera corrediza de aquella oficina —había otra que llevaba a la dirección—. Si Litoral era un balcón puertas adentro y puertas afuera de la ciudad sin más y de la ciudad literaria, municipal y planetaria, lo era —y es— por fuerza *La Gaceta* misma, a su vez espejo del catálogo histórico y en proceso del Fondo, una de las preocupaciones más tenaces del poeta-editor, quien seguramente lo sigue soñando en el más allá para sostenernos.

Cuando entré en aquel 1974, a los 22 años, lo estaba reorganizando Graciela Bayúgar y lo corregía mi amiga —y luego testiga de mi boda— Ana María Cama Villafranca, la editora hermana de Alba C. de Rojo, quien se ocuparía de las relaciones públicas del Fondo en la época de don Jaime. Todo estaba, al traslape, imbricado y entreverado. Viene a cuento esta aparente digresión, pues ni *La Gaceta* ni el catálogo del Fondo podían entonces ver escindida su orgánica unidad en marcha.

A principios de 1974 —recién vuelto de un largo viaje a Europa y Medio Oriente— conocí en la Facultad de Filosofía y Letras a la narradora y editora Paloma Villegas. Ella me presentó con David Huerta, el poeta y traductor quien entonces trabajaba en el Fondo y se hacía cargo de *La Gaceta*. Mi amigo pronto se iría de México a cumplir con las obligaciones que le imponía el proyecto de beca que había presentado a la Fundación Guggenheim y que había resultado elegido para ese año. David tuvo la generosidad de invitarme además a colaborar en el suplemento *La Cultura en México* de *Siempre!*, coordinado por Carlos Monsiváis. Lo armaba, el mundo era y es muy pequeño, en la Imprenta Madero, Vicente Rojo y sus amigos diseñadores: Rafael López Castro y Bernardo Recamier —quien más tarde nos ayudaría a diseñar *La Gaceta* por el exceso de trabajo que tenía el primero—. Por su parte, Rafael se haría cargo poco después de la coordinación del diseño en el FCE, y había desde luego un fluido, animado y divertido diálogo entre todos al que llegaría a sumarse Germán Montalvo, también responsable más tarde del diseño de *La Gaceta*. A mi vez, yo había entrado a sustituir como corrector en *Plural* a Armando Pereira. Tenía tres trabajos, pero, como se relacionaban entre sí de diversos modos, no me costaba tanto esfuerzo ir de un escritorio a otro.

En el FCE y en *La Gaceta*, muy en particular, pronto me di cuenta de que había un diálogo inteligente —intermitente, no siempre obvio y frontal— entre lo que decía anónimamente don Jaime en el espacio de Litoral, el contenido y entrañas de *La Gaceta*, y

la lista de obras en proceso de edición y producción que irían a nutrir el catálogo del Fondo. Esto me ponía, por así decir, la carne de gallina, pues una de mis preguntas soterradas era y es qué hay, qué podía haber detrás de los libros y de las revistas, y ahí lo podía yo no sólo ver sino oír y vivir. Ver transfigurarse una conversación en libro y asistir a su metamorfosis en forma de adelanto, y más tarde ver que el libro era reseñado y a su vez la reseña se transformaba en un artículo, digamos de la sección “Nuestros libros en el extranjero”, era algo que cautivaba entonces a mi alma de Cándido —y que lo sigue haciendo a pesar de los maestros Panglosses que dicen saberlo todo—. Decir “me di cuenta” es mucho decir: me dejaba llevar por la intuición, la observación, el instinto, las premoniciones, las casualidades, la memoria de lo visto, entrevistado, oído y a medias oído aquí y allá...

La oficina de don Jaime tenía dos puertas. Una que daba a la dirección y que rara vez se abría y otra de uso habitual. Era ésta una puerta corrediza de madera que guardaba la celosa “Catita”. La que daba a la dirección abría sobre las oficinas del departamento de contratación, donde reinaba el santo señor de todas las diligencias: Alfonso Ruelas Hernández —quien venía trabajando desde su adolescencia en la editorial—. Ahí también había libros, libreros con vitrina y, al lado, un escritorio inmaculado que ocupaba unas horas al día un duende llamado Francisco Monterde, “don Panchito”, quien había sido director de la Academia, editor de la benemérita Biblioteca del Estudiante Universitario y autor de numerosos ensayos y estudios sobre el teatro en México, amén de una serie de impecables cuentos y viñetas en prosa. Monterde pertenecía a aquel linaje afilado de los que escriben a lápiz. Al aparecer él, por las mañanas lo primero que hacia Ruelas era ponerle sobre el escritorio gris cubierto de grueso vidrio tres lápices bien afilados para que se dispusiera a revisar alguna traducción o corregir algún original cuyas páginas en parte terminarían en *La Gaceta*, como el libro sobre Creta del arqueólogo británico Hutchinson. A veces don Jaime salía de esa puerta como un oso de su guarida buscando con la mirada un libro, una revista o un expediente o, simple y sencillamente, para huir de alguna visita indeseable —a veces se dan— que hubiera interrumpido su trazo a lápiz de las anotaciones al sesgo de Litoral. Esas anotaciones, escritas como en un plano oblicuo, participaban de las características del diario y de la crónica, de las notas de block, como los *Bloc-notes* de François Mauriac, los despachos de Bertrand Poirot Delpesch en la primera página de *Le Monde*, la anécdota como en las “Briznas” de Alfonso Reyes, o incluso del escolio como en Nicolás Gómez Dávila; participaban de la crónica en miniatura, del fragmento, la sentencia y, en definitiva, diría yo, para empaparme en la lluvia de los tiempos, del “microensayo”, que quizá ya había sido practicado por Azorín en español, por Max Beerthom en inglés o por Jean Paulhan, para no hablar de los sentenciosos del “gran siglo” francés estudiados por Paul Bénichou, y que, como yerba entre las losas de piedra, prosperaría entre nosotros en letrillas y “perifonemas”. Ese lenguaje literario a más no poder, es decir, potenciado al límite

del lector, fluye sostenido entre lo público y lo privado, entre la intimidad y el foro, pero, en el lenguaje del cuerpo, en esos retratos podemos ver a un personaje susurrándole a otro al oído una observación zumbona que lo hace sonreír mientras un tercero lee, como si las dictaran sus lentes de botella, unas palabras solemnes en una mesa no tan redonda. “De boca a oído”, quizás esa expresión conviene para caracterizar el espíritu conversacional de Litoral. Esa condición casual que hace acto de presencia sin notarse demasiado a través de un discurso como dicho a media voz se ajusta perfectamente a la columna vertebral —*La Gaceta*— de una de las editoriales más importantes de la lengua hispana y, con mayor perfección aún, a la espina dorsal —la omniscia sección Litoral, que resguardaba aquella columna cuya única regla de conducta parecía ser la obediencia irrestricta al gusto literario.

Y aquí topamos con la máquina infernal, con la esfinge que enarca las cejas y parece decir: “Si adivinas, te devoro...” Litoral se tragaba el chicle —y adivinaba— pero no se dejaba devorar. No se dejó devorar durante más de una década. *La Gaceta* fue sentando sus reales, imponiendo poco a poco su representación de la vida literaria a la misma vida literaria como un alimento afectivo y efectivo, electivo de esa polis de la letra que, alrededor, crecía y a la par, ay, se desmoronaba entre las manos de la prisa y la malhechura, flagelos de nuestra “modernación”, cosa opuesta a la modernización, según nos hizo ver en un ensayo publicado en *La Gaceta* la sagacidad del otro don Jaime, Moreno Villarreal. A la venerable y silvestre hoja impresa a dos tintas, puesta en cintura por su serpentino Litoral, le salieron pastas de papel couché —para premiar su importancia después de haber recibido, en 1987, el Premio Nacional de Periodismo—. Al igual que a la editorial le iban creciendo colecciones, a *La Gaceta* le llegaron a crecer, primero, números extraordinarios que fueron como libros empastados en sí mismos: el memorable de medio siglo de la editorial (1934-1984),¹ con un dossier sobre Omar Khayyam, y luego, los dedicados a Jorge Luis Borges, T. S. Eliot, Ezra Pound, Franz Kafka, coordinados, desde luego, bajo la guía no sólo de don Jaime García Terrés, sino con la orientación de José Luis Rivas, cuya generosidad, conocimiento y entusiasmo lo entronizaron de inmediato como una suerte de hermano mayor respetado unánimemente por todos los que de algún modo u otro estaban asociados a *La Gaceta*: Alejandro Katz, Jaime Moreno Villarreal, Francisco Hinojosa, Francisco Cervantes, Daniel Goldin, Christopher Domínguez Michael, Julio Hubbard, Rafael Vargas Escalante, entre los más fieles colaboradores del Fondo de aquel momento que ahora me vienen a la memoria. Los redactores de las épocas pasadas, como Gerardo Deniz, David Huerta y Marcelo Uribe, se dejaban publicar de cuando en cuando algún poema o colaboración.

Todos supimos practicar en el espacio intermedio de *La Gaceta* las mismas virtudes de amistad y camaradería que animaron García Terrés y su constelación de estrellas inteligentes y afortunadas, y que incluía estandartes de casi todos los gremios: Juan García Ponce, Salvador Elizondo, José Pascual Buxó, Carlos Monsiváis, sin excluir los de la arquitectura, las artes plásticas y el diseño, y aun el de la caricatura representado por Abel Quezada, a cuya pintura, por cierto, el Fondo de Cultura Económica le dedicó un libro.

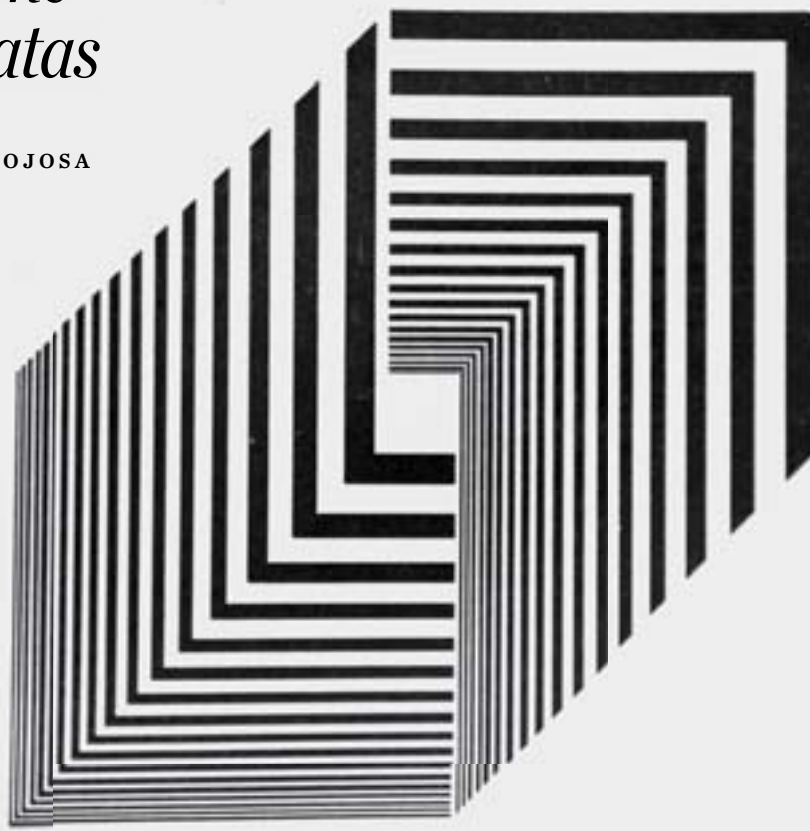
La Gaceta no sólo proliferó en esos números extraordinarios, cundió hacia afuera erigiéndose como modelo de otras publicaciones culturales y hacia adentro se propagó en una prole de cuadernos a través de una admirable colección que se dio el lujo de lanzar la editorial y que hasta ahora cuenta más de 90 títulos. No sólo eso: *La Gaceta* iría a museos, le darían reconocimientos, su secreto se iría disipando en el aire-ambiente al irse canonizando. Pero el derecho de observar y decir, el derecho de soñar y fabular no dejaba de ejercerlo desde su palomar, Litoral, el poeta-editor, que, al respirar, recordaba a los clásicos y que jugaba a adivinar los sueños de Homero (¿no es verdad, Moses Hadas?, ¿no es cierto, Selma Ancira?) de la mano de Giorgos Seferis al deletrear mensualmente el prístino alfabeto de *La Gaceta* y sus guardas de la pluma. ◀

Adolfo Castañón es un viejo conocido de La Gaceta. Ha escrito, corregido, editado, traducido textos para nuestras páginas.

¹ *La Gaceta*, nueva época, núm. 165, septiembre de 1984 (director: Jaime García Terrés; redacción: Adolfo Castañón, José Luis Rivas, Rafael Vargas; 140 pp).

Don Jaime y las erratas

FRANCISCO HINOJOSA



Me resultaba en extremo incómodo que don Jaime García Terrés, a la sazón (para utilizar una expresión muy suya) director del Fondo de Cultura Económica, le diera tanta importancia a *La Gaceta*: tenía que correr mes con mes a mostrarle la portada y el índice del número; recogía sus notas para el Litoral y redactaba otras que le mostraba siempre con temor a pecar de vano; corregía con esmero (según consejos de don Jaime) para que si alguna errata se colaba fuera una simple errata que cualquier lector tomara como tal, y no un error (por ejemplo un *no* por un *nos*) que modificara el sentido, ya no digamos de una simple frase, sino de la *Ontología* completa de Hartmann; me preocupaba siempre por que el número saliera puntual, cuando menos el primer lunes de cada mes, en que don Jaime llevaba con orgullo un ejemplar de la revista a cada uno de los miembros de El Colegio Nacional. Fallar en la entrega y en la limpieza de la revista era impensable.

Afortunadamente nunca tuve que echar mano de la excusa que años atrás le había dado a un jefe de redacción cuando se coló una errata imperdonable en un suplemento que yo corregía. En él se publicaba una nota sobre los planes para filmar *En busca del tiempo perdido*. El autor de la nota hablaba sobre el reparto de papeles y mencionaba al actor que habría de interpretar a Morel, que se transformó, con la ayuda del patriotismo de la capturista en turno, en “Morelos”. Cuando el jefe, con razón, me reclamó el yerro, tuve que inventar una excusa: “Es que el oficio del corrector es muy ingrato”, le argumenté. Cuando una errata aparece la culpa es del corrector. En cambio, nadie se da cuenta de todo lo que hubiera aparecido publicado sin su privilegiado ojo. Por ejemplo, recuerdo haberle quitado a ese Morelos el “y Pavón”.

Así como no me atreví nunca a defender ninguno de mis errores, tuve el cuidado de que don Jaime no se enterara de mis antecedentes como editor, que bien vistos aparecerían ante sus ojos como antecedentes penales. Antes de haberme hecho cargo de la redacción de *La Gaceta*, fui el responsable (o irresponsable, como se quiera ver) de dos colecciones de libros universitarios. Para una de ellas tuve la suerte de conseguir un libro del gran poeta chileno, por cierto amigo de García Terrés, Gonzalo Rojas. Fue tal la emoción que me dio tener la oportunidad de ser editor de uno de los poetas que más admiraba, que me esmeré en el trabajo editorial que me correspondía y por el cual, además, devengaba un salario. Al fin, el libro salió y se lo envié con orgullo a su autor: he aquí un libro cuidado, sin erratas.

Ojalá y tuviera que confesar ahora esa vulgar “erata” que se le coló a Alfonso Reyes, adjudicable a una vista cansada o a esos duendes que se hacen visibles cada vez que un corrector está a punto de

perder la chamba. O, aún más, ojalá y se tratara del catastrófico error que hubiera modificado el sentido de algún poema del autor de *Del relámpago* y de *Antología del aire*. Gonzalo Rojas, además de haber sido uno de nuestros grandes poetas, era una de las personas más finas y bondadosas que pueda haber sobre la tierra. En su carta de respuesta me dijo que agradecía la publicación, al tiempo que me hacía notar un pequeño “errorcillo”: en las páginas centrales de la *plquette* que él firmaba se había colado un poema de Gabriela Mistral. Independientemente de que frené la distribución de *Críptico* y *otros poemas*, como se llamaba el libro, corregí el yerro y lo reimprimí correctamente, el gran pecado ya había sido cometido.

Aunque nadie lo note, creo que ni siquiera don Jaime lo hizo en su momento, por dentro sigo llevando mi penitencia de editor-tortuga castigado por haber desobedecido a mis padres. A golpe de erratas, errores, herejías y crímenes por la espalda me he dedicado a la edición.

Ser integrante de *La Gaceta*, para don Jaime, nos daba a todos los que interveníamos en ella el privilegio de participar de los logros que el Fondo de Cultura Económica celebraba cada año. Según supe después, cuando la editorial se dedicó a determinar el número exacto de contrataciones que tenía, la gran irresponsabilidad de don Jaime fue ser su más responsable y comprometido editor de literatura: los ensayos de Seferis, la biografía de Eliot escrita por Ackroyd, *El pacto de la serpiente* de Praz, *El vuelo del vampiro* de Tournier, Blanchot, Rexroth, Rousseau, Cervantes, Rivas, etcétera: muchos libros y muchos autores que son parte de un legado personal que recibí y sigo recibiendo como ejemplo de la apuesta que un editor, Jaime García Terrés, hizo en beneficio de ese ser permanentemente olvidado por quienes se dedican a editar libros: el lector.

Ser un editor y un promotor a la don Jaime es ser un responsable (o irresponsable) editor congruente con la conciencia. La Feria y los Días en la *Revista de la Universidad*, el Litoral en *La Gaceta* y luego en *Vuelta*, y el Ratón en *Biblioteca de México* son, además de la creación de un género literario, que se reproduce hoy en día casi en todas las revistas literarias, una forma de la generosidad: compartir el goce de los libros. Seguiré, en lo que me toca, tratando de llevar adelante la talacha que a mí y a otros nos ha encomendado García Terrés: ser editores apasionados, dignos de sus enseñanzas. ◀

Francisco Hinojosa es editor y practicante de diversos géneros, desde la poesía hasta la literatura infantil y juvenil.

Está en prensa la nueva edición del Diccionario crítico de la literatura mexicana, de Christopher Domínguez Michael, en el que se reúnen ensayos cuyo origen se remonta a la época en que el autor formó parte de La Gaceta. A propósito de ese vínculo, García Bonilla conversó con el crítico e historiador, quien diserta aquí sobre la necesidad de contar con más estudios sobre nuestra tradición literaria



ENTREVISTA

Los abismos de la interpretación

Conversación con Christopher Domínguez Michael

ROBERTO GARCÍA BONILLA

En Christopher Domínguez Michael (1962) el ejercicio de la crítica literaria estuvo precedido de una formación política integrada a los procesos sociales: fue colaborador en los años ochenta de publicaciones como *Territorios*, *El Machete* y *El Buscón*. Desde niño encontró y temió su vocación escribiendo tratadillos sobre zoología de los mamíferos, una pasión de la que se encuentran rastros en *William Pescador* (Era, 1997), novela breve inmersa en la domesticidad infantil de dos hermanos cuyas peripecias se sumergen en “Omarca [...], una ciudadela habitada por mil familias con sus hijos y sus sirvientas”; el narrador y protagonista salva su integridad y adquiere el respeto de los vecinos del feudo gracias a sus dotes de cartógrafo. Ese mundo fantástico de la infancia germinó en el escritor concebido como aquel que escribe sobre historia, política, literatura, que es polemista, que realiza una crítica que se obsesiona con el mundo de la historia, de la tradición política.

En agosto de 1987, Christopher Domínguez Michael se integró al consejo de redacción de *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*; coincidentemente ese número —el 200 de la nueva época inaugurada por Jaime García Terrés en 1971— se dedicó a la literatura mexicana: Adolfo Castañón reunió a un grupo de jóvenes escritores y editores en una suerte de tertulia y seminario “donde he vivido la fraternidad intelectual más rica del mundo”, anota el autor de *La utopía de la hospitalidad*. Ahí se encontraba cada día con Daniel Goldin, Francisco Hinojosa, Julio Hubbard, Jaime Moreno Villarreal, José Luis Rivas y Tedi López Mills. En medio de esas lecciones conversadas se gestó la *Antología de la narrativa mexicana del siglo xx* (FCE, Letras Mexicanas, 1989, vol. I; 1991, vol. II), el proyecto crítico literario y editorial más significativo de su generación. El estudioso sintetizó ese trabajo como “un ejercicio de crítica de la

cultura”, entendiendo la narrativa como una zona más que como un género, incluso como “el estilo de nuestra época”. La asumió, sobre todo, con un ánimo de servicio. La importancia textual y contextual se impusieron sobre el gusto personal del antologador, quien tuvo en cuenta las relaciones posibles entre los textos incluidos y, en su conjunto, los concibió como “una cartografía de las maneras de expresión de la cultura mexicana a través de la narrativa”, y asimismo como “una antología informal de la crítica literaria mexicana”, que abarca 81 años de escritura, desde Salvador Quevedo y Zubieta (1912) hasta Ana García Bergua, Pablo Soler Frost y Ernesto Alcocer (1993). Esta compilación de 162 autores se describió en la cuarta de forros del segundo volumen como “el mapa de la narratividad de las letras mexicanas durante los últimos cien años”.

Historia y literatura, realidad y ficción, son dualidades inseparables para el autor de *Tiros en el concierto*, quien concibe la ordenación, clasificación y valoración de la literatura como el ejercicio de una especie de urbanista literario que va delineando cartografías y, naturalmente, las contextualiza. La *Antología...* le confirió una estructura intelectual y moral a su autor y ha sido el punto de partida de todos sus libros de historia literaria.

Está a punto de aparecer la segunda edición del *Diccionario crítico de la literatura mexicana (1955-2005)*, cuya primera edición (FCE, 2007) causó polémica. Según el autor, ésta se debió a que, si se acepta que la crítica es esencialmente reconocimiento, lo que más sobresale en ese libro son las ausencias. En esta segunda edición —de la cual apareció una versión en inglés: *Critical Dictionary of Mexican Literature (1955-2005)*, Chicago, Dalkey Archive, 2012, traducción de Lisa M. Dillman— se añaden autores como Elena Poniatowska y Paco Ignacio Taibo II. Con la convicción de que la historia narrativa forma parte de la literatura, Christopher Domínguez Michael también incluye textos sobre historiadores: Jean Meyer, Miguel León-Portilla, Edmundo O’Gorman, José Gaos, Luis González y González,

Daniel Cosío Villegas. Y entre los escritores que han destacado en el último lustro, aparecen Heriberto Yépez, Fabrizio Mejía Madrid, Guadalupe Nettel y Yuri Herrera. De la nómina de poetas habrá que mencionar a Jorge Esquinca, Luis Felipe Fabre y Javier Sicilia. Y entre los narradores que no aparecieron en la primera edición se encuentran Bárbara Jacobs y Mauricio Montiel. Y se han depurado entradas de autores como Elsa Cross, Fabienne Bradu y Carmen Boullosa.

El ganador del Premio Xavier Villaurrutia por *Vida de Fray Servando* (Era, 2004) pertenece a la tradición de los críticos literarios formados, antes que en las universidades, en las revistas literarias y en el periodismo cultural, y que desde esos espacios dialoga con el lector. Domínguez Michael advierte sobre la conciencia de que el crítico aspira —paradójica y contradictoriamente— a elevarse sobre el mundo de la literatura, “ejerciendo el juicio. Porque el crítico juzga [y] cuando uno juzga excluye.”

Ahora *escuchemos* la voz del crítico e historiador, quien reflexiona sobre su experiencia y expectativas como lector y protagonista que el proceso creativo y las circunstancias gremiales e históricas le han proyectado, sin olvidar su sentencia: el juicio y la posteridad, “más que cualquier otro escritor, lo está esperando el crítico, porque el crítico se enfrenta directamente con la tradición y apuesta con ella sobre la mesa. Y creo que cuando un crítico omite una obra o la considera mal, el castigo —por así llamarlo— de la posteridad es muy pesado.”

LOS AÑOS DE FORMACIÓN EN EL FCE

Tuve la fortuna de llegar al Fondo de Cultura Económica, gracias a Adolfo Castañón, y encontrarme con selectos y muy queridos escritores mexicanos, entre los que tuve la oportunidad de formarme: fue una educación formidable. Entré cuando al Fondo lo dirigía Jaime García Terrés y hacer *La Gaceta* cada mes —durante la segunda mitad de los años ochenta— fue un permanente aprendizaje, no sólo de las artes de la edición y de la crítica, sino de la literatura

misma, en un ambiente de conversación literaria cotidiana, obsesiva, sabrosísima, con Adolfo Castañón, José Luis Rivas, Daniel Goldin, Tedi López Mills, Jaime Moreno Villarreal y Julio Hubbard. Esa formación para mí equivale a todo lo que hubiera podido conseguir en la carrera universitaria que no estudié.

En *La Gaceta* teníamos que comentar lo que se desprendía del catálogo literario del Fondo, que era muy rico. Estábamos en el mejor de los mundos posibles sin tener que preocuparnos: *La Gaceta* no le reportaba mayor gasto al Fondo ni ambicionaba ser vendida, lo cual daba una relajación bucólica, casi paradisiaca para quienes la hacíamos. Era, al mismo tiempo, una revista institucional y alejada, hasta cierto punto, de las pugnas de los grupos literarios.

Cuando llegué a *La Gaceta* ya había aprendido a hacer reseñas, que tenían que ser breves y estaban sometidas a la disciplina que exige el periodismo: síntesis y opinión, fallida o no, contundente: eran las reseñas que hacía en la revista *Proceso*. Y lo que aprendí en *La Gaceta* y en *Vuelta* fue a hacer ensayos en un clima de discusión intelectual en tiempos heroicos y fantásticos que no volverán, donde la extensión de los ensayos era lo de menos. Escribí ensayos de hasta 30 páginas sobre Alfonso Reyes, Edgar Allan Poe, Herman Melville, Martín Luis Guzmán, Goncharov y muchos otros, mexicanos y extranjeros; el único límite era el momento en que las ideas propias se volvían reiterativas —dudo que un joven crítico tengo hoy la libertad de extenderse como la teníamos nosotros en *La Gaceta* o en *Vuelta*—. Esos ensayos, corregidos, aumentados o resumidos y a veces hasta estropeados (no siempre la autocorrección mejora un texto) fueron a dar a mi primera colección de ensayos, *La utopía de la hospitalidad*, que publicó *Vuelta* en 1993 y han ido sobreviviendo en libros posteriores como *La sabiduría sin promesa* (2009) o *El XIX en el XXI* (2010).

LA TRADICIÓN CRÍTICA EN MÉXICO

La tradición de la crítica literaria en México —no la única, pero para mí la central— ha sido muy rica, para no irme muy lejos, desde los Contemporáneos. Lo que hicieron Cuesta, Villaurrutia, Torres Bodet, Gorostiza, en *Contemporáneos* (1928-1931), en *Examen* (1932) y en toda su órbita como editores de revistas, fue una base formidable de la cual salen nada menos que Octavio Paz y sus revistas (*Plural*, 1971-1976; *Vuelta*, 1976-1998); de ahí se desprende la generación que ha hecho la crítica que en México a mí me interesa, de la que yo he formado parte en los últimos 25 años. Hay otras escuelas que son primas y vecinas, la de Carlos Monsiváis en *La Cultura en México* (1972-1987), la de *Nexos* (1978-), donde hay historiadores de la cultura mexicana y críticos literarios notables, que respeto mucho.

LOS MODELOS DE UN CRÍTICO E HISTORIADOR

Desde luego el padre de todos nosotros es Sainte-Beuve (1804-1869); casi diario lo leo y me parece maravilloso. No hay día en que no descubra algo extraordinario de él en los muchos tomos y tomos de crítica y ensayo literario. Su obra fue muy despreciada a lo largo del siglo XX por el libro póstumo de Proust: *Contra Sainte-Beuve*. Casi no se reimprimió su obra en el XX; se le criticó mucho, además, su menosprecio de Baudelaire, de Balzac, de Stendhal.

Otro modelo de cualquier crítico que se respete es Cyril Connolly (1903-1974), por encarnar la historia privada de la literatura criticada desde el punto de vista de la moral del escritor. También ha sido muy importante para mí la escuela de críticos de la *Nouvelle Revue Française*: Gide, Valéry, Thibaudet, Paulhan, Suarès; éstas son las vertientes en las que bebo. No es casual que uno de los lectores de estos críticos en México haya sido Jorge Cuesta (1903-1942), que para mí siempre es un ejemplo. Es nuestro primer crítico moderno: le tengo devoción.

HACIA UNA DEFINICIÓN TENTATIVA DEL ENSAYO

Yo creo que el ensayo es la forma de expresión privilegiada del pensamiento moderno y por su propia naturaleza es de muy difícil definición; para llegar a definir qué es el ensayo y hacer que se entienda, se requiere de estudiantes y lectores bastante maleados, en el sentido de que hayan leído la suficiente literatura como para que distingan un ensayo a primera vista, lo cual requiere cierta educación. Enseñar qué es el ensayo es complicado; es más fácil hacer listas de lo que no es un ensayo: un ensayo no es una monografía académica, un ensayo no es un artículo político, un ensayo no es simplemente una opinión literaria y un ensayo tampoco es que cuentes lo que

te pasó yendo a comprar el pan o qué viste la última media hora que navegaste en internet.

Yo hago ensayo literario (no hago ensayo-ensayo, como le dicen ahora) que aspira a lo que nos enseñaron Alfonso Reyes y Octavio Paz —tenemos maestros inmensos—: a ser riguroso, a ser documentado, a ser histórico, a ser respetuoso con la tradición y además a ser ameno.

SOBRE LAS HISTORIAS DE LA LITERATURA MEXICANA

Hay varias historias de la literatura mexicana aunque por lo general son proyectos muy largos —que consumen generaciones enteras— hechos por grupos muy amplios de académicos; la mayoría de las veces las personas que están en esos grupos conspiran para que no se finalice la labor. Habiendo hecho antologías e historias literarias —sólo con la ayuda de la fotocopidora— a mí me desespera que las instituciones académicas, con tantos recursos, trabajen de manera tan lenta. Ése es un problema de ineficacia y burocratismo.

Creo que una de las razones por las cuales padecemos la ausencia de estas obras de historia literaria en el mercado es que somos muy pocos los que hacemos esta clase de libros y, al ser muy pocos, se nos exige destempladamente que abarquemos todo el escenario.

La hostilidad hacia trabajos como el mío sería menor si los poetas, los escritores, los novelistas y los lectores, estudiantes o no, llegaran a la librería más cercana y tuvieran, en la mesa de las historias literarias, seis o siete historias y antologías distintas. Así, las feministas, los marxistas, los nacionalistas, los lesbico-gay tendrían su propia historiografía.

Una gran carencia de la literatura mexicana es que las obras de referencia y de crítica son muy escasas. Y una literatura de las dimensiones de la nuestra debería tener en el mercado —como es el caso de la literatura francesa o inglesa, o de la poesía de los Estados Unidos— seis o siete libros de referencia que se complementaran y que logran satisfacer el noventa por ciento de las necesidades del público universitario y no universitario. Entonces, si un crítico te antipatiza, consulta otra fuente. Pero si somos sólo dos o tres personajes los que hacemos este trabajo durante décadas enteras, es natural que la atención y la exigencia se concentren en nosotros.

SOBRE VIDA DE FRAY SERVANDO

Para mí hay un antes y después de *Vida de fray Servando*. Estoy seguro de que no voy a volver a escribir un libro tan voluminoso. Sí, mi escritura se volvió más compleja, lo cual no es necesariamente bueno y ha provocado que ahora me cueste escribir cosas intermedias. Estoy acostumbrado a escribir cosas muy breves, que son las que me exige el periodismo —que es de lo que vivo— o bien tengo la idea de que cuanto toco debe volverse un libro de seiscientas páginas, lo cual ya no es posible ni recomendable.

Haber escrito un libro como *Vida de fray Servando* provocó en mí una especie de necesidad de decir muchas cosas al mismo tiempo, de habitar ese sitio plural que es la historia y, a la vez, tener medios limitados. La crítica literaria ejercida, como yo la hago, en un periódico como *Reforma* y en una revista mensual como *Letras Libres* lo tiene a uno sometido a la tentación o a la fatalidad de abarcar mucho y ser maestro en todo y doctor en nada; yo creo que ésa es la condena de un personaje como yo.

LAS FUNCIONES DEL CRÍTICO LITERARIO

Yo creo que la crítica es la rama de la literatura que cuida de la literatura. El crítico es una especie de vigía, de guardabosque; es una figura doble: por un lado es organizador del gusto: pastor que tiene la fantasía de llevar a los lectores hacia donde está la literatura verdadera; y a la vez combate en el interior de la literatura contra las supersticiones y los falsos ídolos.

Pero por el otro lado, el crítico es también, como decía Nietzsche, ese eunuco furioso porque no le fue dado el don de la creación y por eso la crítica. Estas dos personalidades del crítico son su sustancia antagónica. Y la riqueza de un crítico es la manera en que, más o menos, logra que estos dos seres convivan entre sí. Yo creo que esa dualidad monstruosa del crítico es lo que he descubierto y con lo cual sobrevivo. ◀

Roberto García Bonilla es un conversador sistemático: ejemplo de ello es Visiones sonoras. Entrevistas con compositores, solistas y directores (Siglo XXI Editores, 2002).

Feliz longevidad de La Gaceta

TEDI LÓPEZ MILLS

Formé parte de *La Gaceta* en dos periodos: uno informal y otro formal. Durante el primero, fui contratada por el Fondo para encargarme, junto con Daniel Goldin, de la edición en español de *Las grandes tendencias de la mística judía*, de Gershom Scholem. Poco a poco empecé a colaborar con *La Gaceta*. Fue una gran época: en el consejo de redacción (que, además, de veras se reunía) estaban Adolfo Castañón, José Luis Rivas, Christopher Domínguez Michael, Francisco Hinojosa, Julio Hubbard, Rafael Vargas, el propio Daniel y, claro, a la cabeza, Jaime García Terrés. Creo que hice de todo: traducir, escribir notas anónimas de la redacción y, de repente, incluso algún ensayo. Durante el segundo periodo, fui jefa de redacción de la revista y de un consejo sólo nominal pues, en los cinco años que estuve en el Fondo, nunca logró convocarse ninguna reunión. Lo hacía casi todo yo con ayuda de muy buenos amigos y consejeros: José Manuel de Rivas, Armando Hatzacorsian, Aurelio Major, Ernesto Hernández Busto.

Los dos periodos fueron formativos, cada uno a su manera, colectiva y solitaria. Y dejaron más de una huella en mí. El primero fue terso y concentrado, como asistir a un seminario permanente donde todos los miembros (menos yo) fungían como maestros. La atmósfera era estimulante y atemorizante; había que estar al día con el pasado, con el presente y a veces hasta con el futuro. Los protocolos (en nuestro país abundan) eran muy claros; las inclusiones y las exclusiones también. El segundo, en cambio, fue tenso y emocionante. *La Gaceta* se hacía siempre bajo emergencia y bajo amenaza; nunca se resolvió el asunto misteriosísimo de la distribución: las razones eran barrocas y burocráticas, como si *La Gaceta* no le perteneciera al mismo Fondo que publicaba los libros que *La Gaceta* promovía. Cuando me atrevía a indagar, los encargados de las decisiones me miraban con cierta lástima, como si el problema fuera de naturaleza teológica y, por lo tanto, irresoluble. No sé si eso equivalga a una práctica sana o insana; en todo caso, era un fenómeno excéntrico.

Algunos números en los que participé me parecen memorables. El de homenaje a T. S. Eliot que se hizo en tiempos de García Terrés es uno de ellos; también los de Pound y de Reyes. Por suerte, no tengo recuerdos de nada odioso o repugnante. Quizá sólo de algunas metidas de pata mías; por ejemplo, cuando hice el número dedicado a don Jaime por su muerte: en la portada salió *in memorian* en vez de *in memoriam*. Tuvimos que desencuadernar y volver a imprimir. Fue vergonzoso. (Habría que formar un club de editores anónimos donde ir a contar todas nuestras penas. Y consolarnos.)

Tengo la impresión de que hay más publicaciones en torno a libros ahora que antes, pero eso puede ser una mera ilusión. Como no confío en las propedéuticas, pues asumen que el mundo transcurre ordenadamente y yo sospecho que no es así, no creo que sea posible definir un propósito para *La Gaceta*; creo que eso le toca a cada editor de la revista. Lo cierto es que me da un enorme gusto que, a pesar de todo, *La Gaceta* siga existiendo. Además, según veo, parece que ya se vencieron los obstáculos de la distribución. La longevidad de *La Gaceta* lo dice todo: es su propio relato. Habría que hacer un compendio de sus mejores números. ◀

Tedi López Mills es poeta. El año pasado el Fondo publicó Traslaciones, su estupenda antología de poetas traductores nacidos entre 1939 y 1959.

Reflexiones de un reseñista

En todos lados se cuecen habas, concluirá el lector de este recorrido por una vida escribiendo reseñas de libros. Hemos elegido este texto para los festejos de la semimilenaria Gaceta porque resume no sólo las inevitables batallas en torno a los libros —y porque muchos de los autores citados figuran en el catálogo del Fondo— sino porque muestra una crisis global: el espacio que los medios dedican a la discusión libresca cada vez es más escueto y menos apreciado

JEFFREY MEYERS

En su ingenioso y enfurecido ensayo “Confesiones de un reseñista de libros” (1946), George Orwell se describía a sí mismo como un gaceti-llero de Grub Street, la célebre calle de Londres donde se producían libelos de muchas clases, y escribía: “reseñar libros, de todo tipo y a lo largo de mucho tiempo, es un trabajo excepcionalmente ingrato, irritante y agotador”. A lo largo de más de 40 años, he publicado unas 270 reseñas, cuya extensión va desde un parrafito anónimo hasta un extenso ensayo, en todo lugar donde he podido: unos 70 periódicos, revistas, semanarios, publicaciones trimestrales y revistas académicas. Mi experiencia ha sido muy distinta a la de Orwell, aunque la naturaleza de esta actividad no ha cambiado mucho desde su época. Si bien la paga no es buena y el trabajo es poco apreciado, mucha gente quiere hacerlo. Un reseñista participa de la vida literaria y de las ideas al mismo tiempo que escribe sus propios libros. Al igual que la literatura, la crítica requiere la ambición, la agresividad, la emoción y el ego propio de autores, reseñistas y editores.

Aunque en ocasiones es ingrato e irritante, reseñar nunca me ha parecido agotador, principalmente porque he podido elegir los libros que he comentado y porque nunca he pretendido vivir de los ingresos que esta actividad produce. Los críticos literarios que quieren colocar su nombre ante el público no suelen participar en este juego por dinero. Mis tarifas van desde cero centavos, para publicaciones académicas, hasta 700 dólares (un premio mayor que sólo se gana una vez), para una lustrosa revista de viajes. La tarifa usual es de 200 dólares; yo gano 10 por cada hora que dedico a leer un libro y a escribir sobre él. En ocasiones, si la reseña se reimprime, puedo obtener mucho más de lo que gané de entrada. Además de mantenerme al día con lo que se publica, reseñar me provee de libros que de cualquier forma me gustaría tener. Así tuve la suerte de conseguir la excelente edición de Oxford University Press, en cuatro volúmenes, de *Vidas de los poetas ingleses*, de Samuel Johnson, cuyo costo es de 300 libras, y la magnífica edición, en veinte tomos, de las obras completas de Orwell, cuyo precio asciende a 1 200 dólares. Por lo general, a los editores muy ocupados suele gustarles que yo les sugiera un título descubierto en los catálogos de novedades de las diversas editoriales (que ahora se publican en línea), o en los reportes de primavera e invierno que adelanta *Publishers Weekly*, así como en publicaciones inglesas como el *Times Literary Supplement* o el *London Review of Books*.

Suelo reseñar cartas, memorias, autobiografías y biografías literarias (este último, un género en extinción). Las mejores biografías que he encontrado son *Dostoievski*, de Joseph Frank, y *Picasso*, de John Richardson. También me gusta reseñar a los poetas y novelistas modernos que admiro (Theodore Roethke y Elizabeth Bishop, Saul Bellow, Kingsley Amis y Philip Roth), libros sobre arte y cine, e incluso obras en áreas en las que no soy experto, como historia, ciencia, música o ajedrez. Me encanta reseñar

exposiciones de arte importantes en San Francisco para periódicos ingleses como *Apollo* y *The London Magazine*. En las sesiones para la prensa, previas a la inauguración, puedo estudiar las pinturas sin tener que lidiar con multitudes y además me hago de los bellos catálogos de la exposición.

Con frecuencia escribo sobre mis autores favoritos: Joseph Conrad, Thomas Mann, D. H. Lawrence, T. E. Lawrence, Ernest Hemingway y George Orwell. Es interesante mostrar a los lectores qué vale la pena leer, qué hay de bueno en las novedades y cuáles podrían haberles pasado inadvertidas. He procurado moverme, en particular en las reseñas más extensas, de un enfoque estrecho en torno al libro en cuestión al desarrollo de mis propias ideas sobre el tema de la obra. Fue agradable haber reparado en amigos como Francis King, James Salter y Paul Theroux, y haber tenido la posibilidad de elogiar a escritores poco conocidos como la novelista inglesa Caroline Blackwood o el periodista polaco Ryszard Kapuscinski. Los reseñistas suelen discutir sobre los valores literarios y morales. Por ejemplo, en una reseña de *La sombra de Naipaul. Biografía de una amistad*, defendí a Paul Theroux de los enfervorizados críticos que, con cierta moralina, calificaban su obra como una “traición” a Naipaul que no debería haberse escrito. Si bien Theroux reveló el lado más oscuro del carácter de Naipaul, considero que fue comprensivo y generoso, y que demostró una gran admiración por su mentor. Theroux transformó su aprobación y su dolor en verdadero arte.

Siempre leo completas las obras que reseño y nunca, como sucedió con uno de mis propios libros, copio la reseña del texto de la cuarta de forros ni limito mi comentario a lo que aparece en el primer capítulo del libro —que es lo más lejos que llegan algunos reseñistas—. En una ocasión le dije a un profesor de Oxford que me había sido imposible terminar *La regenta* (1885), la aclamada novela de Leopoldo Alas *Clarín*, y que no lograba entender cómo había escrito su nota. Me contestó con donaire que no era necesario leer la tediosa novela para poder reseñarla, respuesta que enriqueció mi visión sobre el método de trabajo de otros escritores.

La afirmación de que un autor ha trabajado en un libro durante 10 o 20 años no funciona conmigo —lo que cuenta son las horas reales de trabajo diario— y nunca califico de “monumental” un libro, aunque sea tan voluminoso que pueda usarse para detener una puerta. En ocasiones abandono una reseña con considerable alivio, si el libro en cuestión resulta demasiado largo o aburrido, como las biografías *Edith Wharton*, escrita por Hermione Lee, o *William Faulkner*, por Jay Parini. Por desgracia, muchos de estos monstruos flojos e incoherentes, en especial algunos sobre relaciones interraciales o sobre presidentes estadounidenses, se llevan los premios literarios. (La lista de los ganadores del Pulitzer de las décadas de 1930, 1940 y 1950 resulta bastante deprimente.) Resulta más difícil para un autor, pero mucho más fácil para el lector, escribir un texto conciso de 400 páginas que un tomo de 800 compuesto con un montón de información dispersa. Una buena reseña debe proporcionar una alternativa seria pero vívida de lo que a menudo llega a imprimirse, incluso en publicaciones como *The New York Times*: meros

reportes escolares de lectura, mal investigados, con juicios tan simples como los de *Rebelión en la granja*: “cuatro patas bien, dos patas mal”. Los mejores críticos modernos en lengua inglesa fueron Edmund Wilson, George Orwell y Lionel Trilling; los ya fallecidos Frank Kermode, John Bayley y Denis Donoghue. Estos críticos recurren a detalles singulares y citas oportunas para construir sus convincentes juicios. La mejor reseña que he leído fue una muy entretenida, empática y penetrante respuesta de Alan Bennett a la biografía sobre su gran amigo Philip Larkin. Siempre pido libros que podrían ser de mi agrado e intento ser tan justo como sea posible.

Una de las funciones primordiales de la reseña es señalar errores fácticos. Yo suelo usar mi conocimiento del tema del libro para corregir fallas y añadir nuevas revelaciones, como hice con la correspondencia reunida, en ocho volúmenes, entre Conrad y D. H. Lawrence, editada por Cambridge University Press. En esas reseñas presenté información desconocida hasta el momento por CUP, por su consejo editorial y por el equipo de editores. Si no hay suficiente espacio en la reseña para enlistar las fallas, envío mis correcciones al autor para futuras ediciones de bolsillo. Hoy prácticamente no existe libro alguno sin erratas u otro tipo de error; como Evelyn Waugh lamentaba, ya no se emplea como correctores de pruebas a ex sacerdotes bien preparados.

En mi primera reseña, aparecida en *The Boston Globe*, hice una broma sobre el septuagenario J. B. Priestley, escritor otrora muy apreciado: “Nuestra reacción frente a cualquiera de sus nuevas novelas bien podría ser ‘¿de verdad sigue escribiendo?’” Hoy, con mayor edad y sabiduría, tengo más respeto y evito hacerme el gracioso a costa de los autores. Sin embargo, la crítica puede mejorar o dañar una reputación. Según lord Byron, el sensible John Keats, “esa iracunda partícula”, quedó devastado por una crítica corrosiva. Byron pensó en golpear al mismo crítico cuando una de sus obras fue desagradablemente reseñada, pero prefirió beberse tres botellas de Burdeos. Para los autores, es mejor una mala reseña que ninguna. Un amigo me contó que una vez escribió una reseña despiadada sobre un libro malísimo para *The New York Review of Books*. Al poco tiempo recibió una carta de agradecimiento por parte del autor: su universidad estaba tan impresionada de que su libro fuera reseñado por un famoso crítico en una publicación prominente, que le ofrecieron una plaza.

Los críticos en potencia, al igual que los poetas y los novelistas, deben esforzarse por llamar la atención. En la novela de Orwell *Que no muera la aspidótrata*, el mordaz antihéroe, cuyas obras son siempre rechazadas, exclama: “¿Por qué andarse con rodeos? ¿Por qué no decirlo abiertamente? ¡No queremos tus malditos poemas! Sólo aceptamos poemas de gente con la que estuvimos en Cambridge.” Si consideramos la fuerte competencia que había con los egresados de Oxford y Cambridge que establecían fuertes nexos con sus amigos de toda la vida, en realidad tuve mucha suerte de poder reseñar para *The Spectator*, *The New Statesman*, *The Financial Times* y *The London Magazine* durante mi paso por Inglaterra en los años setenta. El crítico debe lidiar con actitudes sociales en constante cambio, así como con el sesgo de los editores y de las publicaciones. Cuando escogí

de los estantes de *The Spectator* un libro escrito por un autor más bien pomposo, el editor resueltamente me dijo “¡Dale su merecido!” y así lo hice. El plagio y los escándalos siempre son llamativos e incitar la controversia fascina a algunos editores. Otros, temerosos de ser considerados insensibles o políticamente incorrectos, no se arriesgan a salirse de los límites. Hoy sería imposible imprimir la brillante condena que hizo Orwell a *The Rock Pool* (1936), de Cyril Connolly: “incluso querer escribir sobre pseudoartistas que se gastan en la sodomía lo que han conseguido gratis en otra parte revela cierta ineptitud espiritual”.

Así, conseguir los encargos adecuados es un asunto tanto de compatibilidad entre crítico y editor, como de gusto y pericia. Al igual que aquel hombre al que invitan a todos lados (pero sólo una vez), logré establecer una precaria cabeza de playa en *The New York Review of Books*, *The New York Times Book Review* y el *Times Literary Supplement*, pero no logré defenderla. A pesar de mis ideas liberales, casi todos mis artículos han aparecido en periódicos conservadores: *National Review*, *The New Criterion*, *Commonwealth*, *The Spectator* y *Chronicles*, esta última una publicación oscura e incestuosa cuyo editor literario me permitía elegir el libro que quisiera, no se metía con mi texto y también me publicó algunos artículos de viajes. Trato de evitar la política, escribo sobre literatura en las últimas páginas y suelo escapar a la censura.

Uno no siempre puede evitar que no se publique alguna reseña, en ocasiones por motivos que no son ni políticos ni literarios. Este tipo de situaciones son exasperantes, pero también pueden tener un final feliz. Cuando reseñé la gran novela de James Wood, *The Book against God* [*El libro en contra de dios*], la revista *Prospect* de Londres me pidió que la juzgara con los mismos criterios que Wood utilizaba en sus ensayos y así lo hice. Sin embargo, me pidieron hacer tantos cambios que retiré el texto y acepté un pago menor como indemnización. Después ofrecí la reseña al hijo de un amigo que trabaja en *The New Yorker*; él me sugirió enviársela a Steve Wasserman, de *Los Angeles Times Book Review*, quien la aceptó el mismo día. Por desgracia, Wasserman, que es un buen editor, tuvo que abandonar su cargo por aceptar reseñas largas y serias, y hoy es agente literario en Nueva York. Nunca he intentado reseñar en línea, cosa que me parece aún menos real que el papel; sin embargo, publicar reseñas se ha vuelto más difícil por la constante desaparición de los espacios especializados. En los últimos cuarenta años muchas publicaciones han desaparecido y las secciones dedicadas a los libros dentro de los periódicos para los que alguna vez colaboré —en Boston, Filadelfia, Toronto, Chicago, Houston, Portland, San Francisco y Los Ángeles— se han encogido a la mitad. Hoy retoman textos de otros periódicos, usan sólo gente de su propio equipo y casi nunca recurren a críticos externos.

Durante el tiempo en que viví en Londres podía entrevistarme en persona con mis editores. Conocí a Alan Ross —jugador de cricket, héroe de guerra, casanova y poeta de la ciudad— de *The London Magazine*, quien estaba casado con la heredera de los chocolates Fry, cuya fortuna patrocinaba la revista. Calzaba zapatos hechos a mano y presumía las fotos de sus caballos de carreras en el círculo de ganadores. Me volví amigo cercano del refinado narrador Anthony Curtis, editor literario de *The Financial Times*, quien me invitó a escribir una tercera reseña en las páginas literarias sabatinas, junto a la eminente compañía de C. P. Snow y Peter Quennell. Como ahora vivo en California, he podido conocer a muy pocos de los editores de mis libros o artículos. Durante un periodo de investigación en Charlottesville, tuve una entrañable comida, abundantemente escanciada con una variedad de debidas alcohólicas, con Staige Blackford del *Virginia Quarterly Review*, un ex becario Rhodes en la Universidad de Oxford y ex espía de la CIA. Hilton Kramer, ex crítico de arte en *The New York Times*, y su sucesor, Roger Kimball (un católico conservador de Yale), me invitaron a un animado almuerzo en el Century Club de Nueva York.

Lo único que ciertos editores quisquillosos y mandones esperan de sus reseñistas es que sean zalameños y hagan la vista gorda. Una vez rechacé el honor de escribir sobre literatura para *The Hudson Review*, todo un caso de *lèse majesté* que me costó la oportunidad de volver a escribir para ellos. Hay veces en que, sin querer, uno toca fibras sensibles. El *Sewanee Review* tiene reseñas cortas a dos columnas en el frente y otras más largas de una página en la parte de atrás. Cuando les envié mi cuarta reseña, le pregunté con humildad a George Core

PASA A LA PÁGINA 18

En la Imprenta Madero

JAIME MORENO VILLARREAL

Jaime García Terrés pedía que *La Gaceta* se rediseñara cada año. En enero de 1987 hablé con Vicente Rojo. Aunque don Jaime sabía que Vicente tenía ya el firme propósito de dejar el diseño para dedicarse exclusivamente a pintar, esperaba que, aunque éste le diera un no, le sugiriera una opción. Rojo propuso a Germán Montalvo, uno de los jóvenes que se formaron con él en la Imprenta Madero. Germán colocó una enorme g en la portada, en torno a la cual se organizaría la información gráfica. Fue con ese nuevo diseño con el que yo comencé a editar *La Gaceta*, a donde llegué por invitación de Adolfo Castañón y Alejandro Katz.

La Gaceta llevaba por entonces el sello de Imprenta Madero y Magnetipo, empresa asociada que se ocupaba del diseño y la fotocomposición. Con ellos se habían hecho *Vuelta* y *Nexos* en algunas de sus etapas, *Artes Visuales*, la *Revista de Bellas Artes* y *México en el Arte*, entre tantas publicaciones. En 1987 salían de sus talleres la *Revista de la Universidad* y la joven *Pauta*, así como la diagramación del suplemento *La Cultura en México*, las tres publicaciones diseñadas por el cordial e ingenioso Bernardo Recamier, quien era, como se decía, parte del inventario de la empresa. En el piso superior del edificio se hallaba todavía la editorial Era. La cantidad de libros, revistas, catálogos y carteles de toda índole que salía de aquella nave de Avena 102 hacía de sus talleres y oficinas, amplios, bien iluminados y abastecidos de mesas de trabajo, un lugar de encuentro entre editores, intelectuales y artistas como no ha habido otro en México.

El diseño editorial se hacía todavía sobre papel, se diagramaba con escuadras, se armaba sobre machotes con tiras tipográficas fotocopiadas, mientras que las correcciones se pegaban sobre los cartones con ayuda de una navaja. No menos de ocho pegadores trabajaban de tiempo completo en los restiradores de Madero. Durante el año que hice *La Gaceta*, compartí responsabilidades con una diseñadora talentosa, Adriana Esteve, que tenía esa

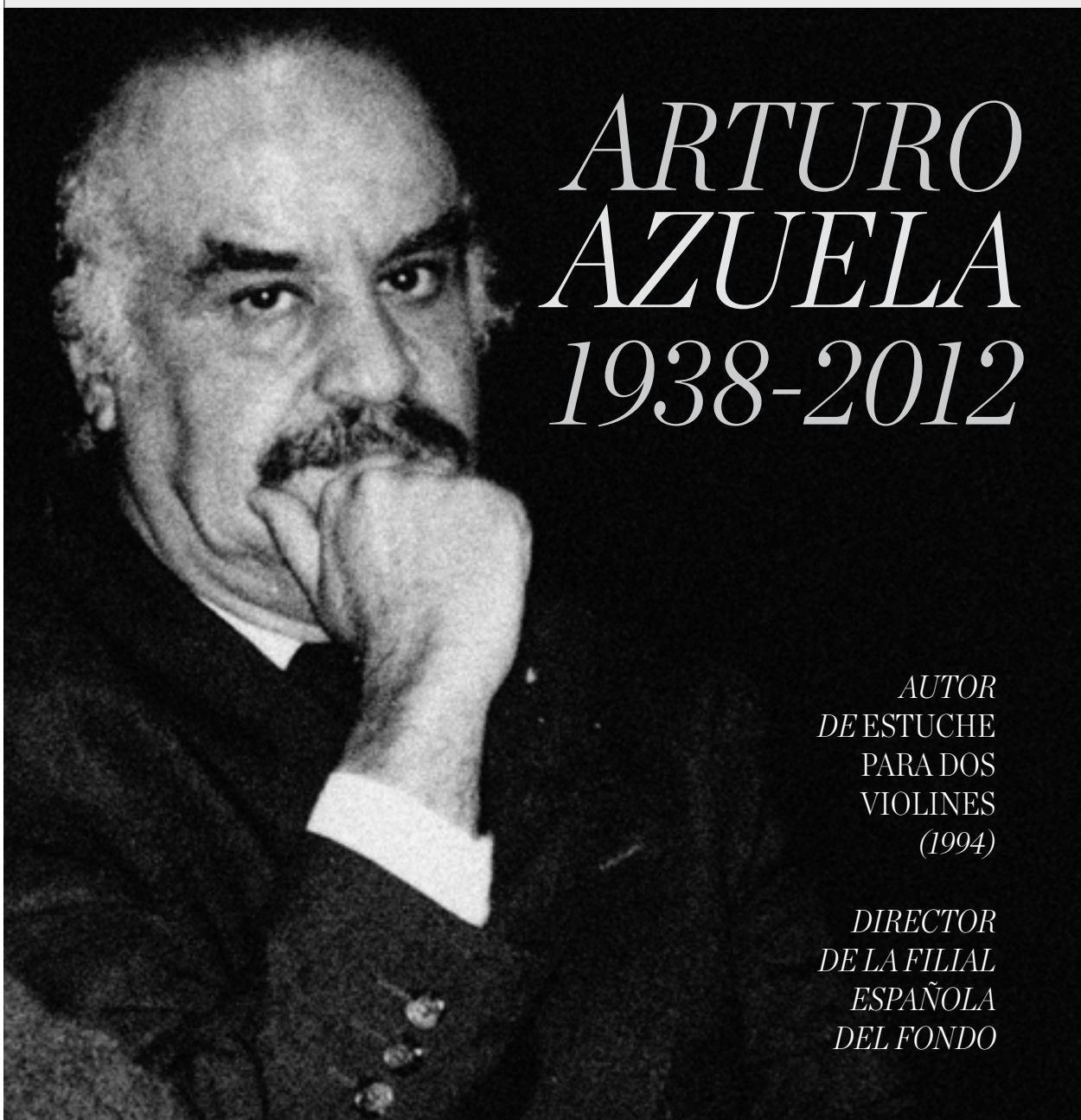
virtud que un editor aprecia tanto: leía los textos. Comenzamos juntos a trabajar para *La Gaceta*, y pronto ella fue convocada por la gerencia editorial del Fondo para realizar la *Iconografía* de Alfonso Reyes, trabajo que le mereció en su escritorio una cálida felicitación de Raquel Tibol.

Recuerdo a Tibol yendo y viniendo con pruebas en la mano, a Carlos Monsiváis sentado por la tarde en *tête-à-tête* con Bernardo Recamier revisando planas, las vigorosas conversaciones de Mario Lavista quien me introdujo por entonces a la música de Conlon Nancarrow, a José Luis Rivas quien aprovechaba los tiempos muertos de la labor editorial para traducir a Saint-John Perse antes de ir juntos a comer camarones al cercano Salón Berlín, a Juan Villoro discutiendo de fútbol e imitando a Ángel Fernández, a Juan José Gurrola enfundado en largo abrigo negro y pronunciando un inglés perfecto a la menor provocación, a Pablo Ortiz Monasterio repitiendo con esmero los duotonos de la colección Río de Luz del FCE, las lecturas en voz alta que hacía Héctor Orestes Aguilar de las galeras de la *Revista de la Universidad*, la aureola de perfume Poison que encerraba a Martha Chapa quien producía ahí sus libros de cocina, a la traductora aliada de *La Gaceta* Selma Ancira hablando muy en alto por teléfono en ruso, y el día en que, mientras revisábamos galeras con Alejandro Katz, nos anunciaron que el gobierno de la república le había otorgado a *La Gaceta* el Premio Nacional de Periodismo.

Con todo, mi mejor recuerdo de la imprenta es de una total simpleza. Un día sí, otro no, cruzaba Vicente Rojo hacia los talleres de fotomecánica. Ya no hacía, en efecto, trabajo de diseño. Pero cierta vez bajó de Era con sus avíos, desplegó sus papeles sobre la mesa central del mezanine, atrajo una silla y sin apartar la vista comenzó a trazar. Para mí, que estaba casi a su lado, era la oportunidad de observar el trabajo de la cabeza de la escuela de diseño de publicaciones culturales en México. Me conmovió ver cómo tomaba las tijeras y se ponía a recortar. ◀

De Jaime Moreno Villarreal el Fondo ha publicado *La estrella imbecil (Letras Mexicanas, 1986)* y *Música para diseñar (Cuadernos de La Gaceta, 1991)*.

Este texto apareció en el número 405 de *La Gaceta*, de septiembre de 2004.



“

A PESAR DE TODAS LAS PELEAS Y LOS PROBLEMAS, LAS RESEÑAS PRODUCEN UNA GRATIFICACIÓN MÁS INMEDIATA QUE LOS ARTÍCULOS Y LOS LIBROS. LAS RESEÑAS SON MÁS CORTAS, SE ESCRIBEN MÁS RÁPIDO Y SE PUBLICAN CASI DE INMEDIATO

”

VIENE DE LA PÁGINA 17 si aparecería en el frente o en la parte de atrás, y él me gritoneó: “¿Estás tratando de decirme cómo debo hacer mi revista?”, cortó la comunicación y me vetó de sus páginas para siempre.

Un problema importante es cuando, después de años de cultivar una relación con un editor, éste debe dejar su puesto y una nueva administración, con sus favoritos, toma el control. Después de que Joseph Epstein fuera derrocado de *The American Scholar* por no ser lo suficientemente multicultural, también yo sufrí la purga y sus páginas quedaron por siempre cerradas para mí. Durante la década de 1980 escribí muchas reseñas para *National Review*; en esos años las cosas se pusieron difíciles después de que tasajearan algunas de mis reseñas sobre Evelyn Waugh y Muriel Spark. Los personajes de esos escritores, católicos conversos y muy queridos por la revista, no podían ser objeto de crítica. Fue injusto cuando imprimieron la carta de Dmitri Nabokov en la que me atacaba por alabar la biografía de su padre escrita por Andrew Field, pero me negaron el derecho de réplica. William Buckley siempre me había enviado notas de apoyo y ejemplares dedicados de sus libros, pero cuando se retiró y mi editor literario se fue con él, también a mí me pusieron en la calle. Después de un exilio de 23 años, y por pura casualidad, recientemente volví a sus páginas con una reseña sobre el misterioso Bobby Fischer.

Las peleas, en ocasiones a muerte, con los editores que no sólo modifican mis textos sin consultarme sino que además intentan meter sus torpes frases en mi reseña, son otro problema. Los editores medianos se sienten obligados a intervenir y “editar”, incluso (y en especial) cuando no se necesita edición. Los editores seguros de sí mismos —como Sandy McClatchy de *Yale Review*, David Lynn de *Kenyon Review* y Jackson Lears de *Raritan*, todos ellos también buenos escritores— me ofrecen el espacio necesario para discutir un libro importante y, una vez aceptada la reseña, publican exactamente lo que he escrito. Procuero quedarme con los editores no invasivos tanto como sea posible.

Staige Blackford publicó 31 artículos y reseñas míos en el *Virginia Quarterly Review* antes de morir en un accidente automovilístico. Mi pelea más feroz la tuve con el nuevo editor. El remplazo de Blackford, Ted Genoways, me publicó un largo ensayo sobre T. E. Lawrence y, en septiembre de 2004, mientras yo terminaba de escribir una biografía sobre Amedeo Modigliani, me pidió que escribiera una reseña de 40 páginas sobre todas las biografías de Walt Whitman. Para complacerlo interrumpí mi trabajo y pasé dos meses leyendo 15 biografías. En diciembre me escribió: “has realizado una enorme tarea con un aplomo asombroso. Algunas de las biografías que leíste son prácticamente ilegibles, por lo que es maravilloso que las analizaras para aquellos con estómagos más débiles. También me gustó el hecho de que pusieras el asunto de la sexualidad de Whitman en el centro de la discusión.” En febrero me envié pruebas impresas del ensayo y un contrato que estipulaba: “Nos complace aceptar ‘Las vidas de Whitman’ para un futuro número de *VQR*.”

Días después Genoways me notificó, de forma repentina y sorprendente, que no publicaría mi ensayo. Y que, en lugar de recibir el pago prometido de 3 200 dólares por 32 páginas impresas, me ofrecía un pago compensatorio de tan sólo 500 dólares, una suma que en lo absoluto bastaba para cubrir el trabajo de dos meses. Si un editor desea rechazar un artículo, debe hacerlo cuando se lo presentan y no después de que lo encargó, aceptó, elogió, contrató y produjo pruebas de imprenta. Envié una carta iracunda en la que explicaba el ultraje a los funcionarios de la Universidad de Virginia, a todos los miembros del consejo editorial y a muchos de mis amigos escritores. Robert Bly me respondió: “Es una carta sacudidora y una historia ter-

rible.” Sin embargo, nunca recibí más de 500 dólares y Genoways continuó con sus prácticas poco éticas. El 10 de septiembre de 2010, *The New York Times* publicó que Genoways se había separado de su equipo, quienes se quejaban de sus frecuentes ausencias y de su actitud negligente. Cuando el jefe de redacción se suicidó, la universidad canceló el número de invierno y cerró las oficinas hasta que terminaran de investigar las quejas del personal. A pesar de todo lo sucedido, Genoways sigue siendo el editor.

Incluso cuando un crítico encuentra un hogar agradable, las relaciones pueden ser volátiles. Desde 1991, *The New Criterion* me publicó 36 ensayos y reseñas, y también publicó críticas extensas y entusiastas de mis biografías: una de Hilton Kramer sobre *Edmund Wilson*, otra de Anthony Daniels sobre *Somerset Maugham* y otra más de Pat Rogers sobre *Samuel Johnson*, y me recomendaron para escribir una nota en *The Wall Street Journal* sobre Saul Bellow, justo después de su muerte. Recibí una llamada inesperada de ese periódico a las 11 de la mañana: querían 900 palabras para la 1 de la tarde y se comprometieron a pagar el doble si lograba hacerlo. “No hay problema”, les contesté y escribí el artículo. Después fantaseé sobre lo que sucedería si me llamaran de nuevo a las 11 de la mañana pidiendo 900 palabras sobre ingeniería nuclear para la 1 de la tarde. Si les contestara que no sabía absolutamente nada sobre el tema, ellos habrían respondido: “¡Bueno, para la 1:30!” Pero los tiempos no siempre coinciden: en el verano de 2006, sin acceso a información privilegiada, envié una reseña que decía que Orhan Pamuk ganaría el Premio Nobel. Sin recordar que el Nobel se entrega en diciembre pero se anuncia en octubre, planeamos publicar mi ensayo en *The New Criterion* para noviembre. Para entonces resultaba tan terriblemente anacrónico que no tenía sentido publicarlo.

The New Criterion permitió que William Tuttleton (cuya única publicación reciente es una bibliografía de textos críticos sobre Washington Irving) atacara repetidamente mis biografías, al mismo tiempo que yo escribía para esa publicación. Dado que era evidente que a Tuttleton no le gustaban mis libros, parecía incorrecto que siguiera reseñándolos, y finalmente los editores suspendieron a ese persistente chacal. En otra ocasión publicaron, sin permitirme responder, la carta del poderoso e influyente Roger Straus, quien atacó mi crítica a la pésima edición de Lewis Dabney de *The Sixties* [Los sesenta], de Edmund Wilson, aunque no refutó ninguno de mis argumentos —no podía hacerlo—. Si bien los editores de *The New Criterion* sabían que la biografía autorizada de Naipaul, escrita por Patrick French, era sumamente crítica de su personalidad, me pidieron que reseñara ese excelente libro, pero luego rechazaron mi texto sin explicación alguna y no me permitieron hacerle modificaciones. Por alguna razón no se quisieron arriesgar a ofender a Naipaul. Los colaboradores son más fáciles de sustituir que los escritores famosos (y con fama de delicados). A pesar de que en los últimos años *The New Criterion* se ha tornado menos literaria y más política, y de que las relaciones con los editores a veces son tan difíciles como la escritura misma de las reseñas, aún escribo para esa publicación inteligente y eficaz; por ejemplo, en la edición de febrero de 2011 me publicaron una reseña sobre Monet.

El crítico a veces tiene que enfrentarse a un campo minado en ambos frentes, el de los editores y el de los autores. Aunque trato de ser amable, también me gusta atacar a los autores pretenciosos con una reputación inflada. Me molestó que críticos timoratos alabaran el libro, en apariencia intimidante, de Clive James, *Cultural Amnesia* [Amnesia cultural], que, según él, trata de cubrir “toda la extensión de la mente contemporánea”. Este volumen incoherente, lleno de errores y repeticiones autoindulgentes, carece de

estructura o enfoque alguno, y con candidez concluye, sin la más mínima evidencia, que “el mundo se está convirtiendo en una gran democracia liberal”, y deliberadamente ignora los crueles regímenes opresivos de Bielorrusia, Myanmar, Irán, Corea del Norte, Somalia, Siria y Zimbabue. Un amigo me advirtió que el combativo James tomaría represalias, pero hasta ahora no ha sucedido nada.

Al reseñar la edición de Bernard Crick de 1984 descubrí que, como crítico literario, estaba completamente fuera de su elemento: tedioso y repetitivo hasta el cansancio, subrayaba continuamente docenas de puntos; leer su estilo ampuloso y en ocasiones sin sentido era como arrastrarse por un pantano. Las anotaciones de Crick tendían a ser obvias, poco convincentes, incompletas o incorrectas, plagadas de errores en los nombres, lugares, libros y citas. En esa edición “académica”, Clarendon Press, de forma irresponsable, abandonó sus altos estándares y produjo el que quizá sea el peor libro de su larga historia.

Aún conservo la opinión que expresé en dos reseñas que escribí hace ya mucho tiempo, en 1975 y 1980, las cuales se oponían a las corrientes intelectuales predominantes en esos momentos. Al analizar *Literary Theory and Structure* en *Lugano Review* y condenar la jerga oscura de pútrida importación francesa, escribí: “Una táctica común de los autores es inventar o aplicar en un contexto nuevo un término crítico —diacronía, órfico, hesperio— o incluso una fórmula: ‘[n < m < a] (donde [<] significa un corte más difícil)’, en un intento por incrementar los frutos de su cosecha literaria. Si bien este volumen, erudito y académico, presenta a los primeros XI del Departamento de Literatura de Yale, así como a otras luminarias críticas, sufre de una tipo de aridez académica encarnada y es insoportablemente insípido. El énfasis en la técnica crítica, que dejó de ser un mediador entre el lector y el texto para transformarse en un inútil fin en sí mismo, sugiere un malestar grave en la universidad y una razón por la que los estudiantes se alejan del estudio de la literatura.” James Clark, el antiguo director de la University of California Press, me dijo que su mayor arrepentimiento profesional era haber publicado todos esos inútiles libros de teoría.

Es posible que yo haya sido el único crítico que señaló las enormes fallas y las polémicas distorsiones que están presentes en *Orientalismo* (1972), de Edward Said, un libro que se aprovechó del *Zeitgeist*, despertó la culpa occidental y, desde entonces, ha sido reverenciado por lectores poco críticos. En el *Sewanee Review* dije que el libro de Said “carece de forma, es repetitivo, irritante, confuso y está equivocado”. No logra “reconocer aspectos positivos del colonialismo, como la administración, la educación, la medicina, el transporte y las comunicaciones”, que, junto con el descubrimiento del petróleo, trajeron a los nómadas del desierto del Medio Oriente al mundo moderno. Si Occidente no hubiera hecho excavaciones arqueológicas y escrito la historia del Cercano Oriente, no existiría la arqueología ni la historia de esa región. Concluí que Said “no lee literatura, sino que la interpreta” y deliberadamente malinterpreta obras esenciales de Forster, Orwell y T. E. Lawrence.

Siempre que los egos y las reputaciones estén involucrados, los autores pueden reaccionar con ira y agresión. Cuando escribí que la sensual esposa de James Jones, Gloria Mosolino (a ambos los conocí en la isla griega de Skiathos), provenía de “una familia criminal de Pottsville, Pennsylvania”, recibí una furiosa carta del abogado de uno de sus parientes que negaba cualquier relación con la mafia y amenazaba con demandarme. Recordé entonces cómo el ebrio James Joyce, después de meterse en líos con algún tipo rudo en los bares de París, solía llamar a su musculoso compañero de copas y decirle: “trata tú con él, Hemingway, trata tú con él”; así que le dije al abogado que se las arre-

glara con Frank MacShane, el autor de la biografía de Jones, y con su editorial, Houghton Mifflin, quienes habían dado origen a la potencial difamación.

Un pasaje, en apariencia inofensivo, en mi reseña de la biografía de T. E. Lawrence escrita por John Mack, injusta ganadora de un premio Pulitzer, provocó una tormenta de cartas delirantes y abusivas, escritas entre 1976 y 1977 por Jeremy Wilson. A pesar de que ni siquiera mencioné su nombre, exigía que me retractara públicamente y que me disculpara, insistía en la renuncia del editor, Staige Blackford, y amenazó con demandarnos por difamación. En el *Virginia Quarterly Review* (de otoño de 1976) escribí: "Mientras escribía mi estudio literario sobre *Los siete pilares de la sabiduría*, Arnold Lawrence [hermano de T. E.] me permitió citar el manuscrito de la obra, de 1922, que está en Oxford, pero luego me retiró el permiso para citar otros manuscritos cuando discutí la homosexualidad de Lawrence en mi ensayo 'Nietzsche y T. E. Lawrence'", publicado en 1976 por The University of Chicago Press. Aunque los abogados de la Universidad de Virginia hicieron caso omiso de las desequilibradas afirmaciones de Wilson, él siguió despotricando. Yo sabía que Wilson era un fraude. Una vez nos citamos en su antigua universidad en Balliol, Oxford, y cuando llegué un oficial me dijo que él no era egresado de ahí y que nunca lo habían oído mencionar. Yo sabía que era un loco, que no tenía ninguna causa judicial ni dinero para iniciarla y que no podía demandar en los tribunales británicos por una difamación que había ocurrido en los Estados Unidos. Las cartas de Wilson estaban escritas en hojas membretadas de Oxford University Press con la leyenda "Sir John Brown, Editor General", por lo que no pude resistir la tentación de lanzarle una pulla a ese editor: en marzo de 1977, envié la siguiente carta a sir John: "Como podrá ver en la carta adjunta, al parecer alguien robó su papelería y la está usando para escribir cartas sin pies ni cabeza que desprestigian su nombre y el de la editorial. Si es que puede rastrear al autor, tal vez sea prudente que lo inste a dejar de molestar a los académicos serios. He visto que la nueva edición de Oxford de la correspondencia de Lawrence dio inicio en 1968. Si continúa avanzando al mismo ritmo, supongo que tendré que esperar para reseñarla hasta el final del segundo milenio." A decir verdad, Wilson nunca pudo terminar su edición de las cartas de Lawrence.

Me gusta discutir en persona y por escrito, y si uno escribe reseñas negativas abunda el material para hacerlo. Ya que el crítico casi siempre tiene la última palabra, es una imprudencia del autor quejarse por un texto desfavorable. En la edición de abril de 2007 de *The New Criterion*, critiqué *The Friendship: Wordsworth and Coleridge*, de Adam Sisman, porque sólo recurre a fuentes impresas. En una carta de junio de 2009 el autor insistió en que "todas las cartas, manuscritos y cuadernos de los poetas románticos ya han sido publicados" y, como absurda frase de despedida, apuntó que yo no había leído su libro con atención porque estaba demasiado ocupado escribiendo el mío. En respuesta, enlisté trece archivos con material inédito de Wordsworth y Coleridge que Sisman no había consultado.

Dos de mis críticas publicadas en el sobrio *Bulletin of Bibliography* (marzo de 1987 y de 1989) provocaron represalias más graves que las del molesto abogado de Pennsylvania, el loco de Jeremy Wilson y el trabajador Adam Sisman. Ninguna de las dos bibliografías estaba completa ni era exacta y preparé numerosas páginas con errores y omisiones. Después de evaluar el volumen de 724 páginas de Philip O'Brien, *T. E. Lawrence. A Bibliography*, escribí que a pesar de su "enorme logro, esta bibliografía tiene muchas limitaciones: es descuidada, confusa y está incompleta". El texto sufría de "pequeños traspiés, errores significativos, debilidades metodológicas y problemas importantes". Una edición revisada y ampliada por el propio O'Brien, ahora de 894 páginas, era, si es que algo así era posible, aún peor. Para mi sorpresa, en *Papers of the Bibliographical Society of America* (marzo de 2002) me enteré de que la primera edición de ese libro, notoriamente defectuosa, había ganado la medalla Besterman a la mejor bibliografía publicada en Gran Bretaña en 1988. Era obvio que los despistados jueces, abrumados por el gran tamaño del libro, no sabían nada de T. E. Lawrence. O'Brien respondió de forma mezquina al comunicar a los académicos que yo ya no me interesaba por Lawrence y no debían invitarme a las conferencias en honor de ese autor. Mi ausencia permitiría a O'Brien pavonearse sobre el escenario. No obstante, para entonces yo ya

había dejado la vida académica y no asistía más a ese tipo de reuniones. Actualmente, como decía Robert Frost, "sólo voy si yo soy el espectáculo".

Randall Jarrell, conocido por la mordacidad de su lengua y de su pluma, escribió que la reseña de libros malos lo había incitado a decir casi cualquier cosa. En mi reseña sobre la bibliografía de Jarrell escrita por Stuart Wright, escribí que "el número de errores tipográficos y de transcripción es sorprendente en una publicación de la Bibliographical Society of the University of Virginia", y procedí a redactar tres párrafos para señalar esos errores. En lugar de corregir sus faltas, Wright me respondió con una advertencia: "espera la publicación de mi reseña de tu libro sobre Lowell", *Manic Power: Robert Lowell and his Circle* en el desafortunado *Sewanee Review*. Cuando apareció la malintencionada crítica de Wright envié una copia de su carta a mi antiguo adversario George Core, en donde le decía: "Pensé que, dada tu experiencia como editor, el excesivo vituperio, el tono histérico, el sesgo personal y la bilis de esta reseña te habrían puesto en guardia. Wright me amenazó con vengarse en una crítica de *Manic Power*, utilizó a *Sewanee* para sus propósitos y te engañó con sus distorsiones, errores y mentiras. Tengo la esperanza de que, ahora que has leído su carta, lo excluyas de tus páginas y alertes a otros editores de su forma pernicioso de reseñar." Descontento por haber sido engañado de esta forma, Core no me respondió ni se disculpó por la publicación de la vengativa reseña.

Si uno muestra una reseña antes de que se publique, corre el riesgo de que alguien se robe las ideas. Cuando apenas comenzaba mi carrera, un respetado catedrático robó mi explicación de la extraña amistad entre Orwell y Henry Miller, y la publicó con su nombre. Aunque la forma más rápida de terminar una amistad es la publicación de una crítica negativa, Phillip Knightley, a quien conocí en una cancha de tenis en España, no le dio importancia a mi crítica de su muy exitoso *The Secret Lives of Lawrence of Arabia [Las vidas secretas de Lawrence de Arabia]*. Despreocupado, se sacudió mis comentarios como si no fueran más que insectos molestos y se convirtió en un amigo cercano y generoso.

En una de mis reseñas alabé *The Rack [El estante]*, una novela maravillosa escrita por A. E. Ellis; sin embargo, cuando lo contacté estaba furioso porque yo no la había elogiado lo suficiente. Me sorprendió al descubrir, durante la más extraña y dolorosa de mis peleas, que podía perder un buen amigo al publicar reseñas positivas de dos de sus libros tanto en Estados Unidos como en Inglaterra. Este distinguido poeta entrado en años me pidió ver la reseña antes de que se publicara y, en contra de mi mejor opinión, se la envié. Sin embargo, en vez de quedar satisfecho, como yo esperaba, me pidió que agregara (algo absurdo, pensé) que Eudora Welty había elogiado su trabajo y que alguna editorial universitaria debía editar sus poesías reunidas. Yo le contesté, de la forma más amable que me fue posible, que era demasiado tarde para modificar el texto y que, en última instancia, era un error de su parte pedirme algo así y esperar que yo obedeciera. A continuación se enfureció y me gritó "¡Vete a la chingada, hijo de puta, no quiero volverte a ver!" y me colgó el teléfono. A pesar de que pronto se disculpó por su "expresión vulgar y autodenigratoria", no se me ocurre cómo nuestra amistad podría continuar.

A pesar de todas las peleas y los problemas, las reseñas producen una gratificación más inmediata que los artículos y los libros. Las reseñas son más cortas, se escriben más rápido y se publican casi de inmediato. Se me ha pedido que escriba varias reseñas sobre arte y literatura en los meses siguientes; me encanta este trabajo y no puedo esperar a que los libros lleguen a mis manos. ◀

Copyright © 2012 by the Antioch Review, Inc. First appeared in the Antioch Review, Volume 70, No. 1. Reprinted by permission of the editors. Traducción de Dennis Peña.

Jeffrey Meyers, además de reseñas, ha escrito numerosas biografías: Robert Frost, Ernest Hemingway, Edmund Wilson, Scott Fitzgerald, Amedeo Modigliani; han llegado al español Orwell, la conciencia de una generación (*Ediciones B, 2002*), El genio y la diosa. Arthur Miller y Marilyn Monroe (*Babel Books, 2009*) y Gary Cooper, el héroe americano (*T&B Editores, 2011*).

Visita nuestra
Librería Virtual
con miles de
títulos a tu
disposición.
Te esperamos
con los libros
abiertos

FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

WWW

fondo
de cultura
economica
com



CAPITEL



Dos milagros

Hace justamente un año dimos cuenta aquí del hurto el *Códice calixtino*, sustraído sin violencia de la catedral de Santiago de Compostela. El misterioso hecho ocurrió a comienzos de julio de 2011 y poco menos de doce meses después el tomazo fue hallado en una cochera del poblado O Milladoiro, en La Coruña, donde el sesentón Manuel Fernández Castiñeiras, electricista hasta hacía poco de la iglesia compostelana, guardaba una variedad de objetos en desuso: estaba en una bolsa de plástico, dentro de una caja, rodeado de ladrillos y otros materiales para la construcción. En los cateos de ese mismo lugar y del domicilio del ladrón confeso, que está consignado junto con su mujer y su hijo, se hallaron otros volúmenes robados, entre ellos alguno también de origen medieval, y más de un millón de euros en efectivo, aparentemente ordeñados por Fernández Castiñeiras de las alcancías de la catedral a lo largo de muchos años. El preciado manuscrito del siglo XII parece no haber sufrido maltrato, por lo que ese extraño atentado bibliográfico queda reducido a una escueta causa penal —con una posible pena de cárcel de pocos años— y a un nutrido anecdótico sobre el protagonista de este crimen imperfecto.

Tras prestar servicios a la catedral por más de dos décadas, durante las cuales conoció al detalle las entretelas del edificio y la institución, el ladrón había sido puesto de patitas en la calle por el deán José María Díaz, lo que dio pie a un vitriólica relación, cuyo punto más corrosivo terminó siendo la extracción de la joya librería como represalia largamente planeada. El propio deán, responsable del archivo donde formalmente se alojaba el libro, tuvo un papel retorcido en las averiguaciones, por ejemplo al insinuar desde el principio del caso que el autor de la fechoría era alguien de casa. Tuvo razón: durante los veintitantos años que pasó en torno a la principal iglesia de Santiago, Fernández Castiñeiras habría ganado acceso a los sitios restringidos y hecho copias no autorizadas de las llaves que dan acceso a la sala donde se resguardaba —vaya, es un decir— el *Liber Sancti Jacobi*, especie de guía medieval para los peregrinos. Con feliz cachaza, el ladrón frecuentó la catedral a lo largo del último año y aun afirmó, en conversación con sus amigos, quienes sospechaban que el volumen habría sido destruido o llevado fuera de España, que la obra estaba a salvo. Redondean el cuadro singular el hecho de que el hombre llevaba una vida rutinaria, modestísima, al tiempo que en el último lustro había comprado en efectivo algunas propiedades. Por lo que se sabe, la policía casi descarta del todo la posibilidad de que trabajara para algún tercero: su pillería no pasó de ser una venganza personal por no haber sido liquidado como correspondía cuando se le despidió.

NOVE DADES DE AGOSTO DE 2012



OBRAS COMPLETAS II
Teatro, crítica

EFRÉN HERNÁNDEZ

Con la publicación de este segundo volumen, la condición de “raro” aplicada al autor guanajuatense se diluye en parte, aunque al mismo tiempo se reafirma. Ahora sus lectores, que sin duda se volverán devotos de su singular visión del mundo, tienen acceso a toda su escasa y rica obra, con lo cual su producción ha dejado de ser una rareza: si en el primer tomo se reunieron sus poemas, novelas y cuentos, aquí aparecen un guión cinematográfico, varias piezas teatrales y numerosas reseñas y ensayos, rematados con una docena de textos sobre Hernández escritos por admiradores sin embozo como Salvador Novo o José de la Colina e incluso por su hija, así como con una bibliografía que no sólo da cuenta de la parquedad del escritor sino de la curiosidad que ha despertado en críticos de toda laya. Quien penetre en este denso tejido de aforismos, diálogos dramáticos, opiniones y estampas confirmará que la rareza literaria de Hernández estriba en el modo de percibir y discurrir, así como en un uso contenido pero preciso de la

lengua. Su célebre “Tachas” puede hallarse también en un tomito de cuentos en nuestra colección Centzontle.

LETRAS MEXICANAS
Edición y prólogo de Alejandro Toledo
1ª ed., 2012, 594 pp.
978 607 16 0952 6 (rústica)
\$370
978 607 16 0953 3 (pasta dura)
\$470



ENSAYOS

INÉS ARREDONDO

El nombre hace a la persona, o por lo menos le da vida. El poder de la palabra con que nombramos las cosas es, ante todo, existencial, y por eso podría decirse que la vocación literaria de Inés Arredondo (1928-1989) empieza desde la elección de su *nom de plume*, sin el segundo de sus nombres de pila (Amelia) y sin primer apellido (Camelo), para subrayar los nexos con la familia de su madre. Inquieta artesana de la palabra, como creadora tejió cuentos con temas controvertidos para su época (como la homosexualidad, la locura, el incesto o el aborto) y a su vez tuvo un rol activo dentro de la crítica literaria nacional. Con un prólogo de Claudia Albarrán, esta edición abarca precisamente las reseñas y ensayos de la escritora culichi: en

la primera sección se agrupan textos autobiográficos, en la segunda reseñas de libros y teatro, en la tercera ensayos de largo aliento, sobre Neruda, Owen y Cuesta. El Fondo, que en 2011 dio a las prensas sus *Cuentos completos*, redondea así la publicación de su magra pero sustantiva obra.

LETRAS MEXICANAS
Prólogo de Claudia Albarrán
1ª ed., 2012, 247 pp.
978 607 16 0965 6
\$240



**DON GUILLÉN DE LAMPART,
HIJO DE SUS HAZAÑAS**

ANDREA MARTÍNEZ BARACS

El irlandés William Lamport vino a la Nueva España en 1640 y en esta tierra sería ejecutado por la Inquisición en 1659, tras pasar más de tres lustros en cautiverio; el dilatado juicio al que se le sometió está registrado en un rico expediente que sobrevive en el AGN (de ahí provienen dos de los documentos que se transcriben en este pequeño volumen; los otros dos, uno en pro de la insurrección de Irlanda y otro semejante pero referido a la colonia española, yacen en la Biblioteca Cervantina del ITESM). Digno de una novela —especie de abate Faria sin un Dantes en

al cual legar sus tesoros, miembro muy adelantado del batallón de San Patricio, adorador lírico de un dios que lo somete a quebrantos—, Guillén de Lampart fue un poeta y pensador social que no ha recibido la atención ni el reconocimiento que su obra merecen. Martínez Baracs ofrece aquí, en una cápsula finamente redactada, algunos trazos biográficos para valorar al sensacional personaje que se vería envuelto en intrigas y se convertiría en un independentista y antiesclavista *avant la lettre*.

CENTZONTLE
1ª ed., 2012, 143 pp.
978 607 16 0973 1
\$70



PARITÉ!
La igualdad de género y la crisis del universalismo francés

JOAN WALLACH SCOTT

En la última década del siglo XX ocurrió en Francia un profundo cambio político aunque sus consecuencias aún no han terminado de manifestarse. En esos años la discusión sobre qué es un individuo, y por lo tanto qué es la nación y quiénes la representan, pasó de ser un asunto sólo de la opinión pública para convertirse en materia legislativa. En este libro se presenta este sutil capítulo en la historia del feminismo, cuya expresión más clara es la obligación de los partidos políticos de postular igual número de mujeres y hombres a los cargos de elección, pero que va mucho más allá. Ese movimiento por la paridad no fue una batalla por una cuota, como las que han librado algunas minorías, sino un cuestionamiento de fondo a lo que el universalismo francés había introducido como cimiento de la representación política desde la Revolución de 1789. Esta nueva obra de Scott aparece dentro de la serie Clásicos y Vanguardistas en Estudios de Género, donde ya habíamos dado a conocer su *Género e historia* (Historia, 2008).

HISTORIA
Traducción de Guillermina Cuevas Mesa
1ª ed., 2012, 268 pp.
978 607 16 0958 8
\$220



ENCICLOPEDIA DE LA POLÍTICA

RODRIGO BORJA

Desde muy joven, Rodrigo Borja combinó la acción política en Ecuador con la reflexión sobre esa actividad, como académico y escritor. Diputado antes de los 30 años, fue uno de los fundadores del partido Izquierda Democrática, que lo llevaría a la presidencia de su país entre 1988 y 1992, luego de tres candidaturas infructuosas. Borja ha recibido doctorados Honoris Causa en ocho universidades y es autor de más de una decena de libros. La nueva edición de esta enciclopedia temática, en dos volúmenes, no sólo participa en el debate sobre las angulosas y apasionantes definiciones de la política, sino que concibe esta actividad en una era global, de revoluciones digitales y darwinismos económicos. Hay en sus páginas largos ensayos sobre nociones y movimientos clave, expuestos con la viva subjetividad de quien ha participado en la contienda política y no con asepsia académica. De Borja, el Fondo también ha publicado *Derecho político y constitucional* (Política y Derecho, 1991), un ensayo sobre los fundamentos del derecho y su estrecho vínculo con la ideología.

POLÍTICA Y DERECHO
4ª ed., 2012, 2 vols., 2072 pp.
978 607 16 0877 9 (obra completa)
\$1 790



ESTUDIOS DE LA REPRESENTACIÓN
Una introducción

RICHARD SCHECHNER

El performance es un híbrido de, por lo menos, las artes plásticas y las artes escénicas, con una marcada obsesión por lo experimental y lo vivencial, respecto tanto del creador como del público. Esta obra funciona como libro de texto para entender y analizar esa ecléctica forma del arte contemporáneo: cada capítulo presenta un tema —como el juego o el ritual—,

adobado con copiosas citas y reseñas biográficas de autores que han reflexionado sobre el happening, las “acciones”, la posmodernidad..., y concluye con una serie de lecturas sugeridas. Por su afán didáctico servirá para que el lector, sea un practicante o un comentarista, avance con paso firme por las movidas arenas de la “representación” y toda la gama de acercamientos teóricos a esa camaleónica expresión del arte de nuestros días. Junto con la obra colectiva *Estudios avanzados de performance*, preparada por Diana Taylor y Marcela Fuentes (Arte Universal, 2012), en el que hay un texto del propio Schechner, esta obra contribuye a paliar la sequía de textos sobre esta elusiva materia.

ARTE UNIVERSAL
Traducción de Rafael Segovia Albán
1ª ed., 2012, 529 pp.
978 607 16 0937 3
\$595



CÓMO SER UN EXPLORADOR DEL MUNDO
Museo de arte-vida portátil

KERI SMITH

Probablemente una de las mayores similitudes entre un científico y un artista radique en el hecho de que ambos se dedican a descubrir mundos. Uno y otro tienen que aventurarse en lo desconocido, para lo cual deben ser metódicos. Sin embargo, y aunque se dediquen a seguir ciertos pasos, curiosamente tienen sus mejores descubrimientos en el “error”, en la serendipia —el hallazgo imprevisto de algo que resultará trascendente—. Así, podría decirse que el verdadero descubridor es quien sabe equivocarse metódicamente. Este libro es una invitación a valorar lo inesperado que se manifiesta por doquier. Una de sus primeras instrucciones de uso es que no hay reglas, sino sugerencias. El lector encontrará aquí un desenfadado instructivo que señala lúdicamente cómo detectar lo que se esconde en este mundo, en las figuras que genera el agua, en los sonidos que se cuelan en el silencio y en las ideas que sostienen el pensamiento. El mundo es, como lo sugiere este libro interactivo, “un museo de vida portátil”, apto para jóvenes lectores y sus estupefactos padres.


Traducción de Aridela Trejo
1ª ed., CNCA-FCE, 2012, 204 pp.
978 607 16 0864 2
\$173

Por lejano que nos quede el camino de Santiago, algo podemos aprender de este *thriller* —el argumento es tan atractivo que la Televisión de Galicia prepara ya una producción que recree la audacia y a la vez la ingenuidad del inculcado—. El patrimonio histórico del país, incluidos ahí los libros antiguos, no siempre cuenta con las medidas mínimas para su resguardo y conservación, a veces porque las piezas pertenecen a personas o instituciones que no pueden cuidar de ellas como sería deseable. Por suerte y por desgracia, el libro antiguo no goza del prestigio de otras expresiones artísticas de nuestro pasado remoto, como la pintura novohispana, frecuente víctima del saqueo. Decimos por suerte porque gracias a ese carácter modesto escapa con frecuencia a la voracidad del coleccionismo ilegal, y puede sobrevivir, a menudo arrumbado, en bibliotecas parroquiales o familiares sin ser molestado por amantes de lo ajeno; pero decimos también por desgracia, pues no siempre alcanza el estatus de bien patrimonial.

En esa categoría va acomodándose el trabajo de Ediciones El Milagro, la casa editora que, en las últimas dos décadas, mayor atención ha puesto al teatro y al cine en nuestro país. A principio del mes pasado, entre los actos de clausura de la Tercera Feria del Libro Independiente que se realizó en el Centro Cultural Bella Época, del Fondo, se anunció que la editorial fundada a comienzos de 1992 por David Olguín y Pablo Moya, en complicidad con Gabriel Pascal y Daniel Jiménez Cacho, recibiría el Reconocimiento a la Trayectoria Editorial, que en las dos entregas anteriores recayó en Aldus y Ediciones Era, junto a las cuales la nueva festejada aparece como una casa recién fundada.

Ejemplares diversificadores de riesgos —la aventura de estos editores de partituras para el escenario y la pantalla se complementa con un bar y una sala de espectáculos, con lo que las amenazas financieras se dispersan un poco al tiempo que se potencia el alcance de sus iniciativas—, los creadores de El Milagro tuvieron desde el comienzo una afortunada mezcla de calidad literaria y gráfica, con un diseño sobrio, digno de libro de texto por su respeto a las tradiciones tipográficas con que se pautan las obras de teatro; han sabido además mostrar la profundidad de su área de especialidad, en apariencia muy restringida, dando a las prensas lo mismo a autores consagrados pero no fácilmente encontrables, como Edward Albee o Don DeLillo, con dramaturgos de corta trayectoria, así como libros de corte ensayístico, como *Dirigir cine* de David Mamet o *Doble vista* de Juan Tovar; testimonial, como las conversaciones con el explosivo director Ludwik Margules y la crítica Olga Harmony; celebratorio, como el dedicado al escenógrafo Alejandro Luna (y aun hay espacio para el amor filial, como lo demuestra el valioso rescate del archivo fotoperiodístico de Rodrigo Moya, padre de Pablo). Un premio como el que recibe esta casa de parte de la Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes, presidida actualmente por Déborah Holtz, de Trilce, reconoce desde luego la tenacidad pero sobre todo la firme congruencia de un sello que contribuye centralmente a la diversidad bibliográfica de nuestro país. En 2011 la misma casa recibió otro joven premio —se entregó entonces por segunda ocasión—, el PEN México por Excelencia Editorial, por haber “realizado una tarea muy vasta para dignificar las ediciones teatrales y filmicas en nuestro idioma”. Vaya desde aquí un renovado aplauso para los milagrosos Olguín y Moya. ◀

TOMÁS GRANADOS SALINAS



Hemos tomado este texto de Casanova Was a Book Lover, un erudito y muy gracioso anecdotario sobre la escritura, la venta y la lectura de libros. Hamilton asegura que aquí “queda probado que, si bien un doctor puede extirpar un apéndice por equivocación, un escritor jamás pondrá uno por error”, como éste que él puso en las páginas finales de su obra. Seguramente este divertimento tranquilizará a los neuróticos cazadores de erratas

Cuatro graves errores sobre la mala edición

JOHN MAXWELL HAMILTON

Mi recriminación a los editores: el único servicio que me han prestado es haberme enseñado a vivir sin ellos. En ellos convive la bribonería comercial con la extrema susceptibilidad artística y una gran irritabilidad, sin que sean buenos negociantes ni refinados críticos literarios. Para la producción de un libro sólo hacen falta un autor y un vendedor, sin el parásito de en medio

GEORGE BERNARD SHAW

Los errores, como yerbas, en la superficie flotan. Quienquiera que busque perlas debe bucear donde brotan

JOHN DRYDEN, *Todo por amor*

Cuando mi primer libro acababa de salir de la imprenta, mi esposa, mi pequeño hijo y yo nos dirigimos a la editorial para recoger un ejemplar. En las últimas etapas de la edición tuve cuidado de revisar una y otra vez las pruebas, llamadas galeras, en busca de errores; incluso se las había enviado a mi madre, que tiene vista de lince. En el camino de vuelta a casa, me acomodé en el asiento trasero del auto y abrí el libro por la mitad para saborear los frutos de mi trabajo: la primera frase que leí tenía una falta de ortografía. Creo que ya no seguí leyendo, pero de lo que estoy seguro es que cuando llegué a casa, a media tarde, me fui directo a la cama y caí en ese profundo sueño reservado a aquellos que se niegan a ver la realidad.

Esta experiencia y otras similares parecen sustentar la fe que algunos creyentes depositan en la bibliomancia, esa arte adivinatoria que consiste en abrir la Biblia al azar, sintiéndose seguro de que el señor revelara sabias palabras que nos servirán de guía. Si en un libro de mil páginas tan sólo hubiera una errata, seguro que una ley celestial garantiza que el autor dará con ella tan pronto abra el libro. “El momento de la verdad, el punto culminante, es cuando el libro terminado o, mejor aún, una caja repleta de ellos llega a mi puerta —escribió John Updike—; no obstante, ese éxtasis dura cuando mucho cinco minutos, hasta que descubro el primer error tipográfico o una falla en la producción del volumen.”

Con el paso del tiempo y tras publicar otros libros, me ha quedado claro que los errores de edición, al igual que la sabiduría divina, no siempre son lo que parecen. Se nos revelan de manera gradual y de mejor forma si reflexionamos sobre

ellos. Con esto no quiero decir que debamos aceptar alegremente los errores en un libro; por el contrario, hay que rechazarlos, pero para hacerlo es necesario saber más sobre ellos. Tal es el objetivo de este texto: romper la superficie formada por las erratas para ir en busca de las perlas que yacen en lo profundo.

GRAVE ERROR NÚMERO UNO:

LA MALA EDICIÓN DE LOS LIBROS ES UN PROBLEMA RECIENTE

“Hubo un tiempo en que los escritores escribían y los editores editaban —escribió el periodista Jacob Weisberg, en un artículo de 1991 que despertó la aprobación de muchos—. Hoy la mayoría de los escritores aún escribe, pero muchos editores evitan, en la medida de lo posible, editar.” La revisión no sistemática, la laxa verificación de datos, el diseño descuidado y la confusa redacción de textos promocionales son algunas de las quejas comunes de los autores.

Según los críticos, las grandes casas editoriales sólo están buscando maneras de incrementar sus ganancias. En la década de 1990, el número de profesionales dedicados a la industria editorial en Nueva York, la mayoría de ellos editores, disminuyó en 16 por ciento, según una nota de Doreen Carvajal en *The New York Times*. Al mismo tiempo, añade, “el número de publicaciones en los Estados Unidos se incrementó notoriamente”. Los editores que aún quedan —apuntan los críticos— no buscan mejorar la prosa de los escritores: “A decir verdad, hoy en día pocas casa editoras se interesan por ejercer sus facultades [editoriales] —piensa Jonathan Yardley, crítico de *The Washington Post*—; ven en los editores expertos en adquisición de derechos y no en corrección y revisión de textos.”

Sin embargo, tan ciertas como puedan ser estas afirmaciones, un vistazo a la historia nos revela que la mala edición ha sido la norma. Pensemos en la queja

UNA NOCHE DE LIBROS DONDE LA ESTRELLA ERES TÚ

GRAN VENTA NOCTURNA 2012



**¡HABRÁ CUENTACUENTOS, FIRMA DE LIBROS
Y GRANDES SORPRESAS!**

**NIÑOS DE 4 A 6 DE LA TARDE
PÚBLICO EN GENERAL DE 6 A 12 DE LA NOCHE**

JUEVES 30 DE AGOSTO

LA NOCHE EN QUE TODOS GANAN



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

TE ESPERAMOS CON LOS LIBROS ABIERTOS

www.fondodeculturaeconomica.com

Con la
presencia
de grandes
autores y
personalidades

La librería virtual participa en www.libreriasdelfondo.com